

JOSÉ DE MATURANA

237437



CANCIÓN
DE
PRIMAVERA

POEMA RÚSTICO
EN TRES ACTOS
- Y EN VERSO -

IMPRENTA Y CIA.
IMPRESORES

TACUARI 761
BUENOS AIRES

RELLA Y CIA.
EDITORES

CALLE MAIPÚ 234
BUENOS AIRES

1

237437

R.3256388

47 / 157 9556

JOSÉ DE MATURANA

Canción
de **P**rimavera

Poema rústico en 3 actos y en verso

Estrenado por la compañía de
Guillermo Battaglia, en el Tea-
tro Apolo, el 22 de Abril 1912

Buenos Aires
RELLA y C.^ª, editores - Maipú 234
1912

DEDICATORIA:

A

JOSEFA DE LOS SANTOS,

BELLO ESPÍRITU
GENTIL, SINCERA
FLOR DE AMISTAD:
EN PRENDA DE
HONESTA ESTIMA, EN
LEAL TRIBUTO DE
ADMIRACIÓN Á LA
BONDAD,
EN FRANCO TESTIMONIO
DE SIEMPREVIVA
MEMORIA,
DEDICO ESTA CANCIÓN,

J. DE M.

BUENOS AIRES, MARZO DE 1912.

PERSONAJES

MARIA ROSA
MARGARITA
DOÑA ASUNCION
AZUCENA
JUANITA
PEPITA
JACINTO
DON TEODORO
DON SEBASTIAN
EL MAESTRO
LUISITO
PEDRO
MOZA PRIMERA
MOZA SEGUNDA
MOZA TERCERA
PEÓN PRIMERO
PEÓN SEGUNDO
PEÓN TERCERO
PEÓN CUARTO

CAMPESINOS Y MOZAS DEL PUEBLO
ÉPOCA ACTUAL

ACTO PRIMERO

La escena representa el patio-jardín de una quinta en un pueblo de la provincia de Buenos Aires. Sobresale á la derecha el corredor de un edificio viejo y maltratado por la lluvias, con un espléndido parral, cuyas ramas, vencidas por el peso del fruto, se inclinan hacia el suelo. A la izquierda, formando un ángulo con la verja del fondo, se recorta el galpón, cuya techumbre roja avanza hacia la escena, y en el cual aparecen diseminados en desorden algunos aperos de labranza, bolsas, recados de ensillar y piezas de máquinas agrícolas. La fachada del edificio de la derecha, además de sus puertas correspondientes, tiene una ventana que se abre frente al público, con una profusa enredadera que le sirve de marco y macetas de flores en el antepecho. En los claros de la izquierda cuelgan las ramas de unos sauces llorones, y en los de la derecha tienen nacimiento las opulentas guías de una glicina en flor, que cubre casi totalmente la parte alta del escenario.

Al fondo, á todo foro, tras la verja que rodea la quinta, se divisa el campo deslumbrante de vegetación. Hay varias sillas diseminadas sin orden, y un pozo en lugar apropiado. La verja tiene una pequeña puerta que da acceso al campo. El ambiente es florido y lleno de luz. Comienza la ac-

ción en las últimas horas de una tarde magnífica; y el risueño escenario, con sus flores, su verdura y su sol, comunica desde el primer momento una suave y encantadora sensación de alegría.

Escena Primera

MARIA ROSA, DOÑA ASUNCIÓN, MARGARITA, AZUCENA, JACINTO, PEDRO, MOZA PRIMERA, MOZA SEGUNDA, MOZA TERCERA. GRUPO DE CAMPESINOS Y DE MOZAS DEL PUEBLO. GRUPO DE PEONES EN EL GALPÓN JUGANDO AL TRUCO.

Al levantarse el telón Doña Asunción, de pié sobre una pequeña escalera, corta de la parrá varios racimos, que recogen los Mozos y las Mozas, situados en pintoresca rueda alrededor de la escalera. Un grupo de Peones juega al truco en el galpón, sentados sobre caronas ó recados. María Rosa y Jacinto, conversan cerca de la ventana. Después de una estrepitosa algarazara de risas y de aplausos. Moza Primera dice:

MOZA PRIMERA

¡Viva María Rosa, la hermosa
que hoy cumple años!

MOZA SEGUNDA

¡Y es tan dichosa
como una rosa primaveral!

Sube el telón.

MOZA TERCERA

¡Viva María Rosa, la buena!

TODOS

¡Viva por linda!

DOÑA ASUNCIÓN

¡Y que Azucena
cubra de flores su delantal!

Risas y aplausos

TODOS

¡Muy bien pensado!

Azucena, seguida por Varias y Varios de los circunstantes, toma unas flores que habrá sobre una silla, al fondo; y todos, en medio del mayor entusiasmo, las arrojan al delantal de María Rosa.

MARÍA ROSA

¡Gracias, queridas!

¡Gracias, muchachos! Y que las vidas de todos, sean flores aquí...

AZUCENA

¡Ahora, las uvas que nos esperan!

TODOS

¡Pronto!

MARÍA ROSA

A Jacinto

Les temo... Si ellos supieran que es flor de otoño la vida en mí, tal vez guardasen esta alegría...

Pequeña pausa

JACINTO

¿Cuál es su pena?

MARÍA ROSA

No sé; este día tiene más sombras mi corazón. No es primavera lo que yo siento: parece un mal presentimiento y algo como una desilusión...

JACINTO

Bueno es guardar la fortaleza que es del espíritu riqueza.

MARÍA ROSA

Bueno es guardarla ante el dolor; pero es tan fuerte la desventura

de no encontrar mas que amargura
cuando soñamos con el amor...

Continúan la conversación.

MOZA PRIMERA

¡Venga el racimo!

DOÑA ASUNCIÓN

¡Que está muy fuerte!

¡Miren; no puedo!

TODOS

¡Qué mala suerte!

AZUCENA

¡Ahora lo corta!

TODOS

¡Sí: ya salió!

DOÑA ASUNCIÓN

¡De quién es este!

TODOS

¡Todos iguales!

DOÑA ASUNCIÓN

¡Basta de gritos infernales!

¡Vamos! ¡Extiendan los delantales!

¡La que lo alcance, se lo comió!

*Cae el racimo en el delantal de
Margarita y se produce otra algazara.*

MARGARITA

¡Son deliciosas!

AZUCENA

¡Están maduras!

MARGARITA

Tan doraditas, dulces y puras
como un racimo de paz y amor.

MOZA PRIMERA

¡A mí me agradan si son verdonas!

MOZA SEGUNDA

¡A mí me gustan las pintonas!

MARGARITA

¡A mí me encantan de este color!

Poniendo en alto el racimo. Doña Asunción sigue cortando y repartiendo.

PEÓN PRIMERO

En el galpón.

¡Vamos! ¡Juguemos!

PEÓN SEGUNDO

¡A quién le toca!

PEÓN TERCERO

¡Qué desgraciada baraja loca!

PEÓN CUARTO

No tengo suerte.

PEÓN PRIMERO

Tampoco yo.

PEÓN SEGUNDO

Van ya diez puntos y estoy perdiendo.

PEÓN TERCERO

Al fin las buenas me van saliendo.

PEÓN PRIMERO

¡Truco!

PEÓN SEGUNDO

¡Retruco!

PEÓN PRIMERO

¡Quiero!

PEÓN CUARTO

¡Ganó!

Síguen jugando.

DOÑA ASUNCIÓN

¡Ahí va un racimo, María Rosa!

MARIA ROSA

Gracias, no quiero...

MOZA PRIMERA

Está orgullosa,

y no nos quiere acompañar.

MARIA ROSA

Pues bueno fuera que en este día
no agradeciese tanta alegría...

MOZA PRIMERA

Acercándosele.

¿No te venimos á molestar?

MARÍA ROSA

¿Quién lo ha pensado?

MOZA PRIMERA

Nadie. Te digo

que cada uno aquí es testigo
de que estás triste...

MARÍA ROSA

Es ilusión.

MOZA PRIMERA

Lo estamos viendo. ¿A qué obedeces?

MARÍA ROSA

Si estoy contenta...

MOZA PRIMERA

No parece...

MOZA SEGUNDA

Acercándose.

¿Es que te duele el corazón?

MARÍA ROSA

Bueno: ya veo que están de broma.

*Se levanta, mezclándose al grupo
que grita bajo la parra. Nuevos
aplausos y risas.*

PEÓN PRIMERO

¡El que la pide aquí, la toma!

Gano tres tantos...

PEÓN SEGUNDO

Pues, mejor...

PEÓN TERCERO

¡Le canto envido para un *convito*!

PEÓN CUARTO

Estoy muy flojo. No ha venido.

PEÓN PRIMERO

¡Yo canto flor!

PEÓN SEGUNDO

¡Yo *contra-flor*!

Siguen jugando con mayor entusiasmo cada vez.

MARGARITA

Acercándose á Pedro y ofreciéndole uvas de un racimo que lleva.

¡Qué tiempo hacía que en esta casa no había risas!

PEDRO

La vida pasa triste en nosotros...

MARGARITA

Es la verdad.

PEDRO

Todo alegría y encanto fuera si don Teodoro no estuviera con esa eterna autoridad.

MARGARITA

No es nuestro amigo.

PEDRO

Nunca fué sano.

MARGARITA

Lleva á mi padre de la mano, que es como un niño para él. Tiene á los hombres siempre en guerra...

PEDRO

¡Y ellos labrándole la tierra para que él goce del laurel!

Pausa.

MARGARITA

Esta es la hora de su llegada.

PEDRO

Pues que la gente alborotada y alegre, salga pronto de aquí, si es que no quiere oír sermones viejos, y duras sin razones...

MARGARITA

Que me hacen tanto daño á mí.

PEDRO

Yo, por mi parte, no me quedo.

MARGARITA

Sí; todo el mundo le tiene miedo...

PEDRO

Yo, no le temo.

MARGARITA

Los otros, sí...

PEDRO

Por eso tanta soberbia tiene.

MARGARITA

Verá, si grito que ahora viene,
cómo se quedan todos así...

Cruzando los brazos.

DOÑA ASUNCIÓN

*Promoviendo, bajo el parral, una
nueva algarazara.*

¡Este es el último racimito!

AZUCENA

¡El más dorado!

TODOS

¡El más bonito!

¡Para mí!

DOÑA ASUNCIÓN

¡Pongan atención!

TODOS

¡Viva el racimo, que es de oro!

¡Viva!

MARGARITA

Dominando con la actitud el griterío.

¡Silencio! ¡Don Teodoro!

Todos callan como por ensalmo, y miran alarmados hacia todas partes. Transcurrida una pausa, Azucena rompe en carcajadas. Luego, dirigiéndose á Pedro, que ríe también, dice:

¿No se lo dije? ¡Qué bendición!
Como al demonio temen su ira.

DOÑA ASUNCIÓN

Repuesta ya del susto.

¡Vas á pagarnos esta mentira
que nos ha dado un sofocón!

Doña Asunción, seguida por todos, menos María Rosa y Jacinto, li corre unos instantes en distintas direcciones de la escena, y en medio de gritos, comentarios y risas, hasta que se presenta en la puerta del fondo Don Teodoro, grave, erguido, desafiador, mirando á los revoltosos como si allí se hubiera cometido algún delito. La aparición de Don Teodoro produce una sensación de hielo; se hace un silencio profundo; los personajes quedan como clavados en el sitio donde les ha tomado la sorpresa, y Don Teodoro avanza lentamente hacia el centro del escenario.

DON TEODORO

Muy buenas tardes.

ALGUNAS VOCES

Buenas...

DON TEODORO

¡Parece

que hay alegría!

DOÑA ASUNCIÓN

Adelantándose tímida.

Si no se ofrece

nada, ¿podemos salir, señor?

DON TEODORO

¡Silencio! ¿Acaso le pregunto?

Menos descaro es el asunto,
y más respeto es lo mejor...

Doña Asunción retrocede asustada; vuelve á hacerse el mismo silencio de antes, y sólo se oyen de pronto las voces enérgicas de los jugadores en el galpón.

PEÓN PRIMERO

¡Pierdo!

PEÓN SEGUNDO

¡Yo gano!

PEÓN PRIMERO

¡La puerta!

PEÓN SEGUNDO

¡Un chico!

DON TEODORO

Dándose cuenta.

¡Qué están haciendo?

PEÓN PRIMERO

Ninguno oye ni ve á Don Teodoro.

¡Me falta el pico!

PEÓN SEGUNDO

¡Y á mí dos tantos para ganar!

PEÓN TERCERO

¡Yo tengo nueve!

PEÓN CUARTO

¡No hay miedo al cuco!

PEÓN PRIMERO

¡Tengo barajas!

PEÓN SEGUNDO

¡Me gusta!

PEÓN PRIMERO

¡Truco!

PEÓN SEGUNDO

¡Retruco!

PEÓN PRIMERO

¡Quiero!

PEÓN SEGUNDO

¡Dejar de hablar!

Don Teodoro, indignado, se dirige hacia el galpón, y los peones, al verlo, guardan precipitadamente las barajas, poniéndose de pie, con el sombrero en la mano, mientras los demás personajes, aprovechando el momento, van haciendo mutis, con todo sigilo, por la puerta del fondo unos, y otros por detrás del galpón ó de la casa.

Escena II

DON TEODORO, GRUPO DE PEONES, JACINTO
que se sienta cerca del pozo.

DON TEODORO

Eso está bien. Mientras quedan á media altura las parvas, y la hacienda por los campos corre, tronchando la alfalfa; mientras quedan sin marcar, por pereza, las manadas jóvenes, y están los cueros en montón, sin una estaca y al aire, ¿juegan ustedes? ¿No hay bolsas, no hay maquinaria que arreglar? ¿No hay que ocuparse, como siempre se les manda, de hacer los preparativos para trabajar mañana desde temprano!

PEÓN PRIMERO

Es que estamos...

DON TEODORO

¡No señor! ¡No hay que hacer nada!
En vez de eso, muy tranquilos,
le están dando á la baraja,



como si este fuera el modo
de ganar lo que les pagan.

PEÓN SEGUNDO

Hoy es domingo, y...

DON TEODORO

¡Silencio!

Los domingos se trabaja
cuando es necesario.

PEÓN PRIMERO

Bueno;

está bien...

*Retirándose con los demás hacia
el fondo.*

DON TEODORO

¡Solo faltaba

que la ginebra corriese,
que todos se emborracharan
y armasen después un baile
por completar la jarana!

PEÓN PRIMERO

Las bolsas se han preparado...

PEÓN SEGUNDO

Las cuchillas de las máquinas
están seguras y listas
para cortar...

PEÓN PRIMERO

Nada falta...

DON TEODORO

¡Sí; lo que falta es vergüenza!

PEÓN PRIMERO

Está bien...

DON TEODORO

¡Si otra palabra

vuelves á decir, te juro
que no han de quedarte ganas!

Desaparecen los peones por el fondo

¡Vaya unas gentes!... No entienden

mas que de vino y barajas,
de milongas y carreras,
de mate amargo y de tabas!

Al dirigirse hacia la puerta de la casa, nota la presencia de Jacinto, que ha permanecido mirando al suelo con la cabeza apoyada en ambas manos, sentado cerca del pozo.

Escena III

JACINTO Y DON TEODORO

DON TEODORO

¡Eh, mozo! ¿Sabe si ha vuelto don Sebastián de las chacras?

JACINTO

Sin levantar la cabeza.

No sé, señor...

DON TEODORO

¿Cómo dice?

JACINTO

Que no sé.

DON TEODORO

Cuando se encara

con un hombre como yo un peón como usted, levanta la cabeza y le responde con respeto; que así cuadra, tratándose del que ofrece techo y pan á sus peonadas.

JACINTO

Levantando la cabeza. Muy natural.

Respondí que no sabía si está el señor en las chacras ó si ha vuelto. Me parece que es lo que usted preguntaba.

DON TEODORO

Pero, también...

JACINTO

Yo no pude tener mi atención fijada para el caso expresamente; y, además, porque no encaja tampoco entre mis costumbres, que son, aunque humildes, sanas, estar viendo si es que sale ó ha entrado alguno en la casa.

DON TEODORO

¡Y eso, qué viene á decir?

JACINTO

Levantándose.

No he concluído. Deseaba manifestarle al señor...

DON TEODORO

¡Cómo siempre!

JACINTO

Irónico.

Como cuadra, tratándose del que ofrece techo y pan á sus peonadas...

DON TEODORO

¡Bah!

JACINTO

Quiero, señor, decirle, por si á usted se le olvidaba, que sólo don Sebastián es el que conmigo trata. Esto, en cuanto á lo de peón, que, sin serlo, no mengüara mi dignidad si lo fuera; y en cuanto al techo y la paga, también es don Sebastián quien me los ofrece...

DON TEODORO

¡Es farsa,

ó es preciso que te vuelvan á repetir que en la estancia quien manda soy yo, desde hace mucho más de una semana?

JACINTO

No me importan los secretos. Era una respuesta franca la que yo he querido dar á lo que usted preguntaba... Y termino: que tampoco vine yo aquí por mi gana sino porque me buscaron. Bien estaba donde estaba; pero mi esfuerzo también lo dí entero en estas chacras, sin ninguna obligación: por amistad y por gracia de mi cariño á la tierra...

DON TEODORO

¡Y qué hay con ello? ¡Palabras!

JACINTO

Verdades.

DON TEODORO

Pues, para mí, lo mismo es que si no hablaras. Y, entre tanto, no te olvides de lo que he dicho... Mañana tal vez comprendas mejor quien manda aquí... y quien no manda.

Le vuelve la espalda y desaparece por la puerta de la casa. Jacinto lo mira alejarse con un gesto de profundo desprecio, y al volver hacia la salida del fondo, encuentra á Pedro que, con el grupo de Peo-

nes, ha presenciado desde lejos el final de la anterior escena.

Escena IV

JACINTO. PEDRO Y PEONES

PEDRO

¿Qué es lo que tiene ese hombre?

JACINTO

Pues... delirio de grandezas...

PEDRO

¿Te ha querido alzar el gallo?

JACINTO

¿A mí? Como si lloviera...

Tanto me importa su tono,
su ignorancia y la soberbia
con que pretende ordenarme,
como el viento que se cuela
de noche por mi ventana
cuando duermo...

PEDRO

¡Qué paciencia!

Decir que no trabajamos,
que no tenemos vergüenza,
que sólo vino y barajas
son nuestra vida...

PEÓN PRIMERO

¿Y la hacienda

que constantes atendemos?

PEDRO

¿Y aquellas parvas inmensas
levantadas por nosotros,
que aquí cerca amarillean,
más altas y más costosas
que las torres de la iglesia,
no son nada?

JACINTO

Así parece...

PEÓN PRIMERO

Eso es espuma...

PEDRO

¿Y las fuerzas
que en los potreros demandan
los apartes y las yerras?

PEÓN PRIMERO

¿Y el parar de los rodeos?

PEÓN SEGUNDO

¿Y el esquilar las ovejas?

PEDRO

¿Y las trillas?

JACINTO

Con calor.

¿Y el cansancio
fecundador de las siembras
en la Pampa, y el prodigio
triumfante de las cosechas,
cuando las propias espigas
se doblan sobre la tierra,
bajo el sol, que abrasa el radio
de los rastros, y quema
lo mismo las trilladoras
que la espalda y la cabeza
del que está dando su vida
por el pan en las faenas?

PEDRO

¡Nada!

JACINTO

¡No son nada!... Y ellos,
que así el esfuerzo desprecian
del sembrador, dan orgullos
cuando la tierra los premia:
¡cómo si el sembrar no fuese
digno de premio en la tierra!

Con un gesto de asco y desaliento.

¡Eh!...

PEDRO

¡Que vivan y que gocen!

JACINTO

Eso es: que hagan lo que quieran.

Ellos no tienen la culpa...

¡Qué sufra el mal quién la tenga!

Con las últimas palabras, van desapareciendo, por el fondo derecha, al tiempo que aparecen María Rosa por la casa, á regar las macetas, y Doña Asunción dirigiéndose al pozo donde llenará de agua una pava que debe colocar en un brasero cerca del galpón.

Escena V

MARIA ROSA Y DOÑA ASUNCIÓN, luego AZUCENA

DOÑA ASUNCIÓN

¿No se ha marchado?

MARIA ROSA

¿Quién?

DOÑA ASUNCIÓN

Don Teodoro...

MARIA ROSA

No; con mi padre, hablando á gritos, discute el precio de los ganados y las tareas de su partido...

DOÑA ASUNCIÓN

Pues todavía yo estoy sufriendo del susto.

MARIA ROSA

Se oye el canto de unos niños, lejos.

Muy temprano vino.

DOÑA ASUNCIÓN

Se presentó como un fantasma.

MARÍA ROSA

Y echó á perder el regocijo.

*Pausa. Doña Asunción desde la
puerta del fondo, mira hacia el
campo.*

¿ Vuelven los niños?

DOÑA ASUNCIÓN

Creo que vienen,
allá, cantando por el camino,
y alegres saltan, como gorriones
que viven lejos del peligro...

MARÍA ROSA

¿ También Pepita?

DOÑA ASUNCIÓN

Viene del brazo,
cortando ramas, con Luisito...

MARÍA ROSA

Que no se escapen.

DOÑA ASUNCIÓN

Para que sepan
que los esperan, de aquí los miro;
y han de quedarse, por más que traigan
gananas de burla para conmigo.

MARÍA ROSA

Pues no los trates con enojo.

DOÑA ASUNCIÓN

Pero, ¿ qué quiere, si son tan pillos?

MARÍA ROSA

Más paciencia, más dulzura
debe tenerse con los niños...

DOÑA ASUNCIÓN

Acercándose.

Pues, mire: ¿ sabe que esta mañana
me han dado guerra?

MARÍA ROSA

¡ Sí!

DOÑA ASUNCIÓN

Tempranito

se levantaron, y en la cocina,
con los manojos del nuevo trigo,
para dar sustos á las gallinas
una fogata me han encendido...

MARÍA ROSA

¡Una fogata! ¿Y eso qué vale
si es tan alegre?

DOÑA ASUNCIÓN

¿Qué?

MARÍA ROSA

Si es tan lindo?...

DOÑA ASUNCIÓN

¡Alegre y lindo? De esa alegría
no hay que fiarse.

MARÍA ROSA

Lo que te digo

es que se puede tener un poco
de tolerancia para los niños.

DOÑA ASUNCIÓN

Pues no comprendo. Si hay que dejarles
que hagan fogatas, yo nada he dicho,
pero le advierto que al fuego echaron
esta mañana cuatro pollitos...

MARÍA ROSA

¡Pobres! ¿Los viste?

DOÑA ASUNCIÓN

Con estos ojos.

AZUCENA

*Que habrá aparecido un momento
antes.*

Muertos estaban los pobreillos,
y si tan pronto no me presento
para poderles prestar auxilio,
otros tenían entre las manos
para llevarlos al sacrificio...

DOÑA ASUNCIÓN

Usted se calla.

MARÍA ROSA

¿Los reprendiste?

DOÑA ASUNCIÓN

A cada uno le dí un pellizeo.

¡Teniendo tantas contemplaciones,
el mejor día nos queman vivos!

MARÍA ROSA

Oh, no exageres... A pesar de eso
no dan señales de mal instinto...

DOÑA ASUNCIÓN

¿Si? Pues que sigan quemando pollos.
¡No dirán eso los pobrecitos!

Volviendo á mirar hacia el campo.

AZUCENA

¿Y qué comprenden los animales?

DOÑA ASUNCIÓN

Usted se calla. Ya se lo he dicho.
Prepare el mate...

Azucena obedece.

MARÍA ROSA

Arreglando una maceta.

¡Pobres claveles!

Se están muriendo mis amigos...

Pausa.

DOÑA ASUNCIÓN

¡Rosa!

MARÍA ROSA

¿Qué quieres?

DOÑA ASUNCIÓN

¡Una sorpresa!

¿Sabe quién viene tras de los niños?

MARÍA ROSA

No.

DOÑA ASUNCIÓN

El maestro, caminando
con su bastón muy despacito.

MARÍA ROSA

Buena...

DOÑA ASUNCIÓN

¿Le enoja?

MARÍA ROSA

¡Nunca!

DOÑA ASUNCIÓN

Creía...

Acercándose.

MARÍA ROSA

¿Porqué?

DOÑA ASUNCIÓN

Por nada... Porque... ya he visto,
María Rosa, desde hace un tiempo,
que el rato pasa con más cariño
con otra gente...

MARÍA ROSA

¡Calla!

DOÑA ASUNCIÓN

Con otra

luz en los ojos... No es el viejito
que, lento, viene desde la escuela
para contarnos cuentos tan lindos...

MARÍA ROSA

¡Calla!

DOÑA ASUNCIÓN

Los cuentos, María Rosa,
que ahora te gustan...

MARÍA ROSA

Calla, te he dicho...

Si oyen de adentro...

AZUCENA

Desde su sitio.

¡Ya está la pava
perdiendo el agua por el pico!

MARÍA ROSA

Cuentos de amores que me hacen daño.
No valgo yo lo que me aflijo...

DOÑA ASUNCIÓN

Pero es que dicen en todo el pueblo
que don Teodoro está perdido
por usted... Que usted, de noche...
bueno... yo en eso no me fijo...
Y que su padre está de acuerdo...

MARÍA ROSA

¡Calle! ¡Mentira! ¡Quién lo ha dicho!
Dígame, pronto, que no es cierto...
¡Qué me ha engañado!

DOÑA ASUNCIÓN

Si lo he oído...

MARÍA ROSA

¿Y quién lo dice?

DOÑA ASUNCIÓN

Todo el mundo.

MARÍA ROSA

Pero, ¿es posible?

DOÑA ASUNCIÓN

Por Dios bendito.

Yo se lo cuento para que sepa;
dudar no puede de mi cariño...

MARÍA ROSA

No, no hagas caso, porque á veces
yo no sé lo que me digo.

¿Y á eso vinieron esta tarde?

No á saludarme; buscando indicios
de lo que dicen, de lo que corre
por este pueblo maldecido...

DOÑA ASUNCIÓN

Y he visto más...

MARÍA ROSA

Cuenta, ¿Qué viste?

DOÑA ASUNCIÓN

Pues he visto que Jacinto
se ha disgustado con mucha gente
por defenderla de lo mismo
que á mí me dicen todos los días...

MARIA ROSA

Ese es un hombre.

DOÑA ASUNCIÓN

Ya están los niños.

MARIA ROSA

Has de contarme todo lo que oigas.

AZUCENA

Con el mate listo, desde donde está.

¡Empiezo?

DOÑA ASUNCIÓN

Pronto, si ya está listo.

Desapareciendo por detrás de la casa.

Yo empezaría por don Teodoro,

se tratara de echarlo al río...

AZUCENA

Entra y sale por la casa, cebando mate hasta que el diálogo indica.

Escena VI

MARIA ROSA, PEPITA Y LUISITO

María Rosa va hasta la puerta del fondo á recibir á los niños, que traen ramas de árboles en la mano y gritan antes de llegar:

PEPITA

¡María Rosa!

LUISITO

¡María Rosa!

Besos y abrazos de alegría.

MARIA ROSA

¡Qué travesuras han hecho, Pepa!

PEPITA

Nada.

LUISITO

El maestro nos ha contado

la linda historia de una nena
que no tenía padre ni madre...

PEPITA

Que se burlaban de ella en la escuela...

MARÍA ROSA

¡Siempre las cosas del buen maestro!

LUISITO

Hasta que un día el hada buena
que la quería por que era linda
y no tenía más que tristezas...

PEPITA

Le regaló una llave de oro.

LUISITO

Para que abriese una alacena...

MARGARITA

*Apareciendo por el fondo de la
casa, al tiempo que aparece El
Maestro en el foro.*

¡Al fin llegaron!... Vengan, que tengo
que arreglarles unas cuentas...

LOS DOS

¿Cuáles?

MARÍA ROSA

¡Los pollos de esta mañana!

PEPITA

¡No, yo no he sido!

LUISITO

¡Si fué Azucena!

*Se escapan por detrás de la casa
y Margarita los corre.*

Escena VII

MARÍA ROSA Y EL MAESTRO

MARÍA ROSA

Buenas tardes, maestro.

EL MAESTRO

Buenas, Rosa,
y magníficas son. Fuerte y brillante,
como un sueño de amor á los veinte años,
se va ocultando el sol tras de los sauces...

MARÍA ROSA

Qué diferencia con las tardes frías
de los inviernos, cuando el viento errante
nos canta su canción en las ventanas,
al arrastrar las hojas de los árboles...

EL MAESTRO

No me recuerdes el invierno; sufro
cuando viene á llevarse
la alegría del sol que ambicionamos,
que da un poco de fuego á nuestra sangre
y ahuyenta con sus besos protectores
la pena del vivir que nos invade
cuando tenemos esta edad... ¿Qué angustia,
qué tristeza incurable
tiene para los viejos el invierno?

Se han sentado.

MARÍA ROSA

Para todos es triste...

EL MAESTRO

Tú no sabes...

Sólo para los viejos la amargura
de los días sin sol... Las hojas caen
como las vidas nuestras van cayendo,
ramas dolientes que el cansancio abate.

MARÍA ROSA

La vida entera...

EL MAESTRO

No. Para los jóvenes
el invierno es salud. Fuerzas vibrantes
cantan en la inmortal naturaleza,
bañando en los amores sus cantares...
La virgen primavera lleva siempre
de su brazo á los jóvenes... Es madre

de la energía eterna, que palpita
como una luz de triunfo en los rosales,
y como una esperanza en las miradas,
y como un entusiasmo en los combates
de la vida.

MARÍA ROSA

Por eso usted la quiere.

EL MAESTRO

Con todo el corazón. Justo es que alabe
lo ardiente de la vida: las risueñas
bullangas de los niños al juntarse,
los recios cantos de la gente nioza,
y en fin, todo cuanto hace
recordar con amor aquellos días
que aún quisiera vivir...

Pausa.

¿Está tu padre?

MARÍA ROSA

Sí. ¿Quiere hablar con él?

EL MAESTRO

A eso he venido.

MARÍA ROSA

Que Azucena lo llame.

AZUCENA

Que pasa con el último mate.

Voy en seguida...

EL MAESTRO

Pausa.

¿Y tú, cuándo te casas?

MARÍA ROSA

Por ahora... no pienso yo en casarme...

EL MAESTRO

¿Engañas al maestro? ¡Ah, picaruela!
Si ya todos lo saben...

Aparece Don Sebastián en la puerta de la casa.

Escena VIII

DICHOS Y DON SEBASTIÁN

DON SEBASTIAN

Buenas tardes, maestro...

EL MAESTRO

Buenas tardes,
don Sebastián...

DON SEBASTIAN

Hoy no esperaba verle...

EL MAESTRO

Sí; yo soy compañero
de la luz; en mi casa me entristecen
los viejos como yo. Por eso busco
libertad, juventud y sol alegre...

DON SEBASTIAN

Riendo cariñosamente.

Vaya, con el maestro...

MARÍA ROSA

Siempre el mismo.

DON SEBASTIAN

¿Cómo va esa salud?

EL MAESTRO

Bien.

DON SEBASTIAN

¿Qué se ofrece?

Aquí estoy de labor con don Teodoro...

¿Quiere esperar un rato?

EL MAESTRO

Justamente,

con él quería hablar...

DON SEBASTIAN

¿De qué se trata?

EL MAESTRO

De qué se va á tratar... De lo de siempre...
Cuando no se precisan refacciones

en la casa, pues son los menesteres
del colegio... Y, en fin, como sabemos
la influencia que él tiene,
yo quería decirle unas palabras...

DON SEBASTIÁN

Pues, mal momento es este,
porque anda de mal genio nuestro amigo.

EL MAESTRO

¿Es por las elecciones?

DON SEBASTIÁN

Y las pestes
que han invadido el campo, donde tanta
linda hacienda se muere.

EL MAESTRO

¡Ah! ¡Qué contrariedad!

DON SEBASTIÁN

Grandes perjuicios...

EL MAESTRO

Lo siento, francamente...
Yo quería de paso preguntarle
por ese asunto de hace algunos meses...

DON SEBASTIÁN

Saldremos enseguida
que concluyamos una cuenta urgente.

EL MAESTRO

Bien, bien, voy á esperar.

DON SEBASTIÁN

Desapareciéndolo.

Sólo un momento.

EL MAESTRO

A María Rosa.

Ya que vengo á pedir justo es que espere.

Escena IX

MARIA ROSA, EL MAESTRO, JACINTO

MARIA ROSA

Siempre está de mal humor
don Teodoro...

EL MAESTRO

Señal mala,
pues si nunca hay buen semblante
tampoco está el alma sana...

JACINTO

*Por el foro, saludando al maestro
con gran cariño.*

¡Oh, maestro! Qué alegría
saludarlo.

EL MAESTRO

Gracias, gracias...

JACINTO

¿Dónde se había escondido?

EL MAESTRO

¿Dónde va á ser? En mi casa,
por esas lluvias traidoras
que me dan miedo...

JACINTO

Me encanta
verlo por aquí.

EL MAESTRO

Tú tienes
buen corazón; no me extraña...

A María Rosa.

Este sí es hombre que lleva
la luz del alma en la cara.

JACINTO

Riendo.

Me voy, porque me avergüenzo
del piropo.

EL MAESTRO

No te vayas.

JACINTO

Es que traigo unos encargos.

EL MAESTRO

Entonces no digo nada.

JACINTO

Hasta luego.

Mutis por la casa

EL MAESTRO

¡Buen muchacho!

MARÍA ROSA

Hay que ver lo que trabaja...

Va anocheciendo.

Escena X

MARÍA ROSA, EL MAESTRO, DON TEODORO

DON TEODORO

Saliendo.

Buenas tardes, amigo...

EL MAESTRO

Buenas tardes,

don Teodoro...

DON TEODORO

¿Qué tal? ¿Qué se le ofrece?

EL MAESTRO

Ya le expliqué á don Sebastián... Quería...

DON TEODORO

Lo primero es inútil, no se empeñe;
y en cuanto á lo segundo...

EL MAESTRO

Es el asunto

de que le hablé también hace dos meses...

DON TEODORO

¡Qué asunto!

EL MAESTRO

Pues aquel del anticipo.
Usted sabe, señor, que los haberes
de los pobres maestros, se perciben
de cuando en cuando, que las cuentas crecen
y que es amargo el pan, y que en la vida
quien no come no piensa, y que el que tiene
que pensar demasiado en la tarea
de enseñar á pensar á los que vienen
á la escuela y... no come, en pensamientos
de vigiliias y angustias se disuelve;
y... en fin, que se me enreda ya la historia
del pan, del pensamiento... y los haberes...

DON TEODORO

Está bueno.

DON SEBASTIAN

*Saliedo con Jacinto. Este se po-
ne á hablar con María Rosa.*

¿Se arreglan esas cosas?

DON TEODORO

No sé cómo arreglar. El asunto ésta
es un asunto viejo, y yo no puedo
estar encima de él continuamente.

EL MAESTRO

Haga un esfuerzo más; usted ya sabe
que voy á agradecerle...

DON TEODORO

Bueno, amigo; está bien... ¿Quiere una carta
para ver si lo atienden?
Es lo que puedo hacer.

EL MAESTRO

Como usted quiera...

DON TEODORO

Pues, hombre, hasta parece
que no le agrada mucho... Yo no puedo
robar al Banco para darle á ustedes.

EL MAESTRO

No, si no hay exigencias...

DON TEODORO

Pues entonces
yo creo conveniente
que usted mismo se entienda con la carta.

EL MAESTRO

Bien.

DON SEBASTIAN

Y Jacinto puede
escribir si usted dicta... ¡Oiga, Jacinto!

JACINTO

Señor...

DON TEODORO

No es necesario; él mismo debe
escribirla.

EL MAESTRO

Conforme.

DON TEODORO

Yo la firmo.

DON SEBASTIAN

Pase, maestro...

Indicándole la casa.

JACINTO

Los demás papeles
y las guías del tren, para mañana,
¿me los va á dar ahora?

DON SEBASTIAN

Ahora; entre...

*Desaparecen por la puerta de la
casa Don Sebastián, El Maestro y
Jacinto.*

Escena XI

MARIA ROSA Y DON TEODORO

*Una pausa. María Rosa ha
ido hasta la puerta del foro, miran-
do un instante hacia el campo. Luc-*

go, lentamente, se ha aproximado al pozo, recostándose sobre él, de brazos cruzados, y mirando hacia abajo, inmóvil, hasta que Don Teodoro la llama por segunda vez. Mientras tanto Pepa y Luisito, perseguidos por Margarita, atraviesan la escena, apareciendo por el fondo de la casa y haciendo mutis por el foro hacia el campo.

DON TEODORO

María Rosa... María
Rosa... Escuche...

MARIA ROSA

¡Me llamaba?

Acercándose, lenta.

Disculpe la distracción..

DON TEODORO

Ya lo veo. No me extraña.
Siempre le cuesta escucharme.
lo mismo que si tratara
de no verme, y evitar
que la alcancen mis palabras...

MARIA ROSA

¡Porqué!

DON TEODORO

Porque está á la vista,
porque cada vez que pasa
con su desdén junto á mí,
es como si me clavaran
de una rosa las espinas
en el corazón... Y tantas
las veces que me miró
con tal dureza de entraña,
que ya sufrirlas no puedo,
como no puedo contarlas...
Por eso ayer he querido

que habláramos. Esperaba
saber lo que piensa usted...

MARÍA ROSA

No comprendo lo que me habla.

DON TEODORO

Saber por qué nunca tuvo
para mí sonrisas gratas,
ni quiso romper jamás
ante mis ojos la extraña
nieve de esa indiferencia
que se refleja en su cara,
como un dolor que me azota,
como un desprecio al que trata
de serle bueno, al que tiene
por usted las más sagradas
devociones de la vida...

MARÍA ROSA

¿Y en eso está la importancia
de lo que á decirme viene?

DON TEODORO

¡En la más honda esperanza
puesta en mi pecho, al calor
que me encienden sus miradas!

MARÍA ROSA

No le entiendo.

DON TEODORO

¿Ni adivina?

MARÍA ROSA

¿Con qué motivos?

DON TEODORO

¿No pasa

por su memoria un recuerdo
de ayer?

MARÍA ROSA

No. ¿De qué se trata?

DON TEODORO

Desalentado.

Bien se vé que usted no quiere

comprenderme. No hace falta,
cuando llevamos el fuego
del sentir en las miradas,
expresarle á una mujer
lo que palpita en el alma...
¿Qué es lo que pueden decir
los ecos de unas palabras
cuando ya lo han dicho todo
con su lenguaje las mágicas
ansiedades de los ojos,
de la actitud, de las claras
vibraciones del espíritu
que está asomando á la cara
como buscando en la luz
de otros ojos otra alma?
¿Cómo en vano se pudiera
ver la gloria retratada,
como un sol, en la divina
laguna azul de sus gracias?
¿Cómo se rompe el impulso?
¿Cómo un hombre, en vano, alcanza
á respirar tan de cerca
todo el perfume que exhala
su encanto, cuando aquel hombre
siente palpar la llama
de un corazón como el mío
y en el corazón le sangra
la roja herida incurable
de un amor tan hondo...?

Pretende tomarla de las manos.

MARÍA ROSA

¡Basta,

señor, porque me hacen daño,
sin remedio, sus palabras!...
Si esa es la revelación,
no hay para qué continuarla...

DON TEODORO

Como si le hubiesen arrojado un

balde de agua.

María Rosa... ¿De modo
que no me escucha? ¿No es nada
lo que siento, para usted?
Respóndame.

MARIA ROSA

No hace falta.

DON TEODORO

Reaccionando.

Pues sin embargo la quiero
como nadie imaginara
querer; como en los transportes
de una fiebre visionaria;
con arranques de pasión.

Quiere de nuevo tomarle las manos

MARIA ROSA

He dicho que si me hablaba
de tal manera, sufría.

DON TEODORO

¡Y esta es su última palabra!

MARIA ROSA

¡Sí!

DON TEODORO

Pues yo no me resigno
tampoco á dejar de amarla;
quiero mostrarle hasta dónde
mi afán por su vida alcanza;
me haré fuerza de su amor,
lucharé por conquistarla
y á todas horas seré
su pesadilla, su mala
sombra; su perseguidor...
No... Perdón... ¿Porqué me trata
con este rigor, si sabe
que es mi vida lo que salta
cuando la miro, á mis ojos!

MARIA ROSA

Pero, señor: si en esta alma
no es tiempo de amar, ¿querría
que, por su empeño, tratara
de engañarlo?

DON TEODORO

¡Nunca!

MARIA ROSA

Y, bien;

no hablemos más...

Volviéndole la espalda.

DON TEODORO

No se vaya,
sin dejarme por lo menos
alguna luz de esperanza.

MARIA ROSA

Mentiría.

Va á hacer mutis.

DON TEODORO

Y yo, que hablé
con su padre esta mañana
de esto...

MARIA ROSA

Vivamente, volviendo

¡Qué! Pero, ¿es posible,
señor, que usted se arriesgara
á hablar con él sin decírmelo?

DON TEODORO

Sí, Rosa...

MARIA ROSA

Cayó en la audacia
de ir á él antes que á mí,
por cálculo ó ignorancia,
con un asunto que á nadie
mas que á mí le interesaba?
¿Cómo fué? ¿Porqué razón?
¿Con qué objeto?

DON TEODORO

Yo pensaba
que se debían á un padre
secretos de esta importancia...

MARÍA ROSA

Pero más se le debían
á quienes, estando al habla
con los seres afectados
por tal pretensión, faltaban
para autorizar el trance.

DON TEODORO

No hubo en ello intención mala,
porque mi amor es tan hondo,
tan sincero...

MARÍA ROSA

Basta, basta...

¡Qué corrió de boca en boca
antes de yo saber nada!

DON TEODORO

Le aseguro...

MARÍA ROSA

No asegure,
que el pueblo no lo acompaña...
¿Qué más padre para todos,
en cuanto el amor nos manda,
que el corazón? ¿Cómo pudo
suponer que yo olvidara
mis íntimos sentimientos,
pensando que á un padre cuadra
la imposición de un cariño
que no se siente?

DON TEODORO

Contaba

con que él nunca se opondría...

MARÍA ROSA

¡Pero me opongo yo, y basta!

*Lo mira un instante con suprema
altivez y desaparece por la casa.*

DON TEODORO

Con sorda angustia, llamándola.

¡María! ¡María Rosa!...

DOÑA ASUNCIÓN

Que atraviesa la escena en este momento.

Mande, señor...

DON TEODORO

Indignado.

¿Quién la llama?

Escena XII

DON TEODORO, DON SEBASTIÁN, EL MAESTRO, JACINTO
DOÑA ASUNCIÓN, MARÍA ROSA.

EL MAESTRO

Por la casa, con Jacinto y Don Sebastián. Enseguida María Rosa.

Ya saben cuánto agradezco...

DON SEBASTIÁN

La intención siempre se estima.

EL MAESTRO

Cuando es buena.

JACINTO

Sólo falta

que le den lo que precisa...

DON TEODORO

Y si es que no se lo dan
la culpa no será mía.

EL MAESTRO

Claro... Eso no se discute...

DON TEODORO

A Don Sebastián.

¡Vamos!

DON SEBASTIÁN

Vamos. *A Jacinto.* Descaría

que terminara esta noche

la comia de aquellas listas...

JACINTO

Está bien.

EL MAESTRO

Pues, muchas gracias
por el favor...

JACINTO

No se aflija,
maestro...

Mutis por la casa.

EL MAESTRO

¡Qué he de aflijirme!
Adios. Rosa; hasta la vista...

MARÍA ROSA

Adios, maestro.

EL MAESTRO

Que tengan
felicidad...

*Alcanza á Don Teodoro, que ha
ido lentamente hasta la puerta del
fondo, y desaparecen los dos.*

DOÑA ASUNCIÓN

La comida,
¿la preparo ya?

DON SEBASTIÁN

Sí, pronto;
porque yo vuelvo enseguida.

*Doña Asunción hace mutis por
el fondo de la casa. Don Sebastián
se dirige hacia la puerta del foro, y
María Rosa queda un instante in-
decisa, en actitud de llamarlo.*

MARÍA ROSA

En un impetu.

¡Padre!

DON SEBASTIÁN

¿Qué quieres?

MARIA ROSA

Después de una pausa.

Yo quiero...

preguntarle... yo quería...
saber...

DON SEBASTIAN

Vamos, ¿qué deseas?

MARIA ROSA

Me cuesta decirlo...

DON SEBASTIAN

Hija...

MARIA ROSA

Es que... ¡no puedo!...

DON SEBASTIAN

¿Parece

que confianza no te inspira
tu padre?

MARIA ROSA

No sé si debo...

DON SEBASTIAN

Habla.

MARIA ROSA

Resolviéndose.

Quiero que me diga

lo que ha hablado don Teodoro
con usted.

DON SEBASTIAN

¡Ah!... Una noticia

que tenía reservada
para sorprenderte. Mira
lo que son las cosas; nunca
se puede estar en la vida
seguro de algún secreto...

MARIA ROSA

Pero usted...

DON SEBASTIAN

Yo no quería
decírtelo hasta esta noche

cuando volviese á la quinta.

MARIA ROSA

Pero, padre...

DON SEBASTIAN

¿Qué?

MARIA ROSA

Y, entonces,

¿qué dijo usted?

DON SEBASTIAN

Que admitía,

puesto que él se lo merece,

con toda el alma, la digna

distinción con que me honraba.

MARIA ROSA

De modo que usted autoriza...

DON SEBASTIAN

¡Con toda el alma! Lo he dicho.

MARIA ROSA

¡Dios mío!...

DON SEBASTIAN

¿Te mortifica?

¿No estás de acuerdo? ¿Quisieras

luchar con tu misma dicha?

MARIA ROSA

¡No puede ser dicha, padre!

DON SEBASTIAN

Lo será, porque algo guía,

dentro de mi voluntad

tu conveniencia y la mía...

MARIA ROSA

¡No quiero, padre!

DON SEBASTIAN

Yo sí.

DON TEODORO

Desde el foro.

¡Don Sebastián!

Mutis.

DON SEBASTIAN

Peor sería
que aceptase á un desgraciado.

MARÍA ROSA

¡Qué importa si lo quería!

DON SEBASTIAN

Bah... Ya se ha muerto el amor,
y hay que enterrarlo, María...

Desaparece lentamente, dirigiendo desde el foro una mirada á su hija. María Rosa llora un instante, bajo el parral; luego se deja caer sobre una silla, con la cabeza entre las manos.

Escena XIII

MARÍA ROSA, MARGARITA, PEPITA Y LUISITO

MARGARITA

Apareciendo por el foro con los niños.

¡María Rosa!

PEPITA

Allí está.

¿Qué haces sola?

MARÍA ROSA

Nada, Pepa...

LUISITO

¡Está llorando!

MARÍA ROSA

No; es

que me duele la cabeza...

LUISITO

¡Mentira!

MARGARITA

Eso no se dice.

¡Adentro!

PEPITA

¡Igual que la nena
del cuento aquel del maestro!

LUISITO

¡Yo buscaré al hada buena
que te de la llave de oro!

MARGARITA

¡Vayan adentro, veletas!

Los obliga á entrar

Escena XIV

MARIA ROSA Y MARGARITA

MARGARITA

¡Qué sufres! ¡De qué estás triste!
¡Porqué lloras!

MARIA ROSA

Margarita...

MARGARITA

¡Si lo estoy viendo!... ¡Porqué
me lo has de negar, querida?
¡Qué te pasa!

MARIA ROSA

Ya te he dicho
que nada tengo...

MARGARITA

No finjas.
Por nada nunca se llora.
¡No tienes en Margarita
confianza! ¡Porqué me escondes
tu pena!

MARIA ROSA

Si estoy tranquila;
si no tengo penas...

Pausa.

MARGARITA

Nunca

tu pensar me comunicas.
Siempre triste, misteriosa;
parece que no tendrías
quien te quisiera. Te juro
que á veces, cuando me miras
con esa expresión de angustia,
me da un dolor, y una envidia
de los que tu amor me roban
y tus secretos me quitan,
que ambiciono conocerlos
para gritarles: ¡malditas
las sombras y las ideas
que á estar tristes nos obligan!
¡Malditos sean los hombres
que nos mienten, que nos brindan
ilusiones y promesas
locas, y luego se hastían,
y al caer la tarde escapan
lo mismo que golondrinas
viajeras!... Dímelo. ¿Es ese
tu pesar?

MARÍA ROSA

Vamos, no sigas;
te juro que me haces daño...

MARGARITA

¿Ves lo que yo te decía?
Lo que tienes tú, es amor.

MARÍA ROSA

¡Lo que yo tengo, es fatiga
de vivir!

MARGARITA

¿Cómo?

MARÍA ROSA

Asediada

por un hombre que me quita
la tranquilidad, que cruza
como una sombra enemiga
por esta casa, que tiene

garras de tigre escondidas,
y algo como dos venenos
al fondo de las pupilas...
Lo que yo tengo es angustia
y miedo de ver mi vida
con peligro de ser pasto
de la fiebre y la codicia
de ese hombre...

MARGARITA

Pero. ¿él te acecha?

MARÍA ROSA

Sí, me asalta, Margarita,
como un cóndor que ha vencido
todas las trabas habidas
para llegar hasta aquí,
y hacerse un dios en la quinta
como es un dios en el pueblo...
¿No comprendes? ¿No lo miras
pasar por frente á nosotros
con esa insolencia indigna
que á todos ofende, y dar
sus órdenes, con la misma
dureza del que parece
que nos perdona la vida?
¿No lo sientes, paso á paso,
conquistar el alma tímida
de nuestro padre, y hacerla
de su voluntad cautiva,
juguete de sus caprichos,
esclava de sus manías,
y andrajo de sus errores?
¿No lo sabes? ¿No adivinas
que, desde el maldito instante
que él puso el pie en esta quinta
se fueron de ella por siempre
la confianza y la alegría?
¡Dímelo!

MARGARITA

¡Sí!... ¡Don Teodoro!

Pobre Rosa...

MARIA ROSA

Margarita...

Breve silencio, mientras las dos lloran.

Ya ves; me ahogo. No tengo consuelo aquí; me horroriza la idea de vivir siempre cerca de ese hombre; y hay días que pienso que tal vez lejos de esta sombra, encontraría, como una luz de consuelos, un rincón para mi vida...

MARGARITA

Pero, ¿cómo? ¿dónde? ¿acaso, hermana, por él te obligan?

MARIA ROSA

Sí. Nuestro padre lo impone. Yo lo esperaba...

MARGARITA

María...

Pero, ¿tú no aceptarás? Ni tampoco emprenderías la aventura de dejarme sola, ¿verdad?

MARIA ROSA

Margarita...

Yo sé que alguna locura me espera para algún día.

MARGARITA

Pero, yo estoy á tu lado.

MARIA ROSA

Ya sé.

MARGARITA

Tú tienes amigas que te quieren; distracciones en el pueblo...

MARÍA ROSA

¡Bah! Mentiras.

Vulgaridades que nunca
me interesaron... ¿Qué estima
puedo tener hacia un pueblo
de tristeza y de avaricia,
donde el que no sufre, trata
de hacer sufrir, y el que envidia
la riqueza de los otros,
por enriquecerse, quita
lo que puede á los demás
y al desgraciado lo esquilma?
¡Y la amistad!... ¿Qué amistades
serenas quieres que existan
entre tí y quienes te adulan
primero, y después te miran
para observar si al vestido
que llevas le faltan cintas?
¡No! Y las mil murmuraciones,
y las odiosas rencillas,
y las calumnias, y el soplo
de vergüenza que se aspira,
y esta eterna pequeñez
de horizontes, esta antigua
y odiosa vegetación,
como la planta, nacida
para estar siempre en un sitio...
¡Yo no puedo! ¡Yo alzaría
mi vuelo, como las aves,
en busca de nuevos climas
y de sentimientos nuevos,
y de esperanzas más dignas!

MARGARITA

Tú siempre sueñas, hermana.

MARÍA ROSA

Sueños, al fin, Margarita
que me consuelan un poco...

MARGARITA

Bien. No quiero que te aflijas.

Aparece en la puerta de la casa Jacinto con unos papeles que guarda cuidadosamente.

Escena XV

DICHAS Y JACINTO

Es una noche magnífica. La claridad de la luna envuelve á los personajes en un encanto de plata y proyecta sus serenidades sobre la fronda de la quinta.

JACINTO

Qué hermosa noche...

MARGARITA

La luna parece una flor de nácar.

MARÍA ROSA

A Jacinto.

¡Se va!

JACINTO

Me voy... no sin antes decirles... "hasta mañana".

Bajando la voz. Margarita que ha quedado en la puerta de la casa, los mira un instante y desaparece lentamente, volviendo hacia ellos la cabeza.

Y si me deja, en sus ojos ver, como en una esperanza, la claridad de esta noche retratada...

Se sienta junto á ella.

MARÍA ROSA

¡Serán mis ojos espejos!

JACINTO

¡No han de serlo!... ¿Quién dudara
que al fondo de esas pupilas,
como una estrella encantada,
brilla en la noche el ensueño
de alguna dicha lejana?

MARÍA ROSA

Con pena y desilusión.

¡Sueños!...

JACINTO

Sueños bienhechores

que en el espíritu se alzan
lentamente, al contemplar
entre las sombras calladas,
no sé qué anuncio en la altura
ni qué misterio en la Pampa...
Sueños hondos, que parecen
arrastrar entre las alas
del viento, los corazones
y el lenguaje de las almas...

Breve silencio

Cuando en las noches tranquilas,
bajo el rumor de las parras,
al reflejar de la luna
sobre los campos de plata,
suena la canción errante
del carretero, que avanza
con su carreta de bueyes
rumbo á la próxima estancia,
¿no se sueña? ¿no se siente
germinar en nuestras almas
algo indefinible y hondo,
como una voz que nos llama,
como una ilusión dormida
que, al despertar, nos abraza?

MARÍA ROSA

¡Si!

Encantada.

JACINTO

Y el sueño que soñamos
despiertos, con la mirada
fija en la gran soledad
de los trigales, que cantan
en la noche sus canciones
de redención y esperanza,
¿no es un buen sueño querido
que en nuestro ser se levanta
para hacernos bendecir
la aspiración del mañana!
y el bienestar que sentimos,
y el olvidar la desgracia?

MARÍA ROSA

Sueños son...

JACINTO

Sueños que llevan
el porvenir en sus alas...

MARÍA ROSA

Sí. Yo he soñado también,
con tal pasión, con tal ansia,
que he llegado á bendecir
del sueño la venturanza...
pensando que, por los mundos
que en esas horas amaba,
pude más libre sentirme,
con menos sombras amargas...
Y he soñado, porque, al fin,
sólo en el soñar se alcanza
la vida que ambicionamos;
porque estoy esclavizada,
sin horizontes, sin luces,
sin ilusiones, sin nada
de lo que en mi pecho ardía
cuando en mi madre confiaba...
Por eso vivir quisiera
soñando siempre; que el alma
no se apartase un instante

de la florida ventana
de los sueños... Pero, ¡á qué
soñar así, cuando pasa
la vida, sin que podamos
ver la ilusión realizada!
¡Soñar!...

JACINTO

Más firme es un sueño
cuando se juntan dos almas
para alcanzarlo en la vida...

*Pausa. Mirándola apasionadamen-
te en los ojos.*

¡María Rosa!... Esperaba
con angustia indefinible
la blanca luna encantada
de esta noche, para abrir
mi pecho; para invitarla
á que soñemos los dos...

MARÍA ROSA

¡Y en qué soñar!

JACINTO

En la gracia
de una vida triunfadora,
de otros aires, de una santa
libertad, que nos cobije
bajo el amor, cuyas ramas
dan consuelo al que las besa,
como un árbol de esperanza.

MARÍA ROSA

¡En el amor!...

JACINTO

Lo más grande
que hay en el mundo. Su planta
cruza doblando claveles
por la tierra alborozada...
Por el triunfan los que sueñan,
en sus manos perfumadas
está el porvenir de gloria

de los humildes, y un ancla
de salvación nos ofrece
cuando la vida naufraga...

Con más calor cada vez.

¿Quiere, quiere que soñemos
en el amor?

MARÍA ROSA

Como en un éxtasis.

Esperanza

constante de los que sufren,
risueño laurel del alma.
que las frentes acaricia...
Yo, en mis noches solitarias
soñé con él, silenciosa,
bajo el rumor de las parras,
al reflejar de la luna
sobre los campos de plata,
mientras la canción errante
del carretero, que avanza
con su carreta de bueyes,
rumbo á la próxima estancia,
resonaba en mis oídos
como el éco de una santa
y amada voz que al misterio
del porvenir me invitaba...
¡Pero, no!

JACINTO

¡Sí!... ¡Quiere hacer

que viva esa voz lejana
de nuestro ensueño, en un lazo
de luz y de venturanza?

MARÍA ROSA

¿Cómo?

JACINTO

Yendo hacia el amor.

MARÍA ROSA

¿Por dónde?

JACINTO

¡Por dónde él vaya!

MARÍA ROSA

¿Y para qué?

JACINTO

Para unir
los astros de nuestras almas
en una constelación
palpitante y soberana
como la vida...

MARÍA ROSA

¿Y á qué
llegarían nuestras ansias,
no teniendo libertad,
que es lo que el amor reclama?

JACINTO

¡A la suprema ventura!
Sabríamos conquistarla
triunfando sobre el destino.

MARÍA ROSA

Tal vez fuese á la desgracia...

SILENCIO. Desde un momento antes, se ha dejado oír en lejanía la canción melancólica del carretero que pasa. Los dos la escuchan religiosamente.

Cuando la voz se aleja, luego de haber dado la sensación nítida de que el carretero pasa frente á la puerta de la finca, aunque á una distancia que impide verlo, María Rosa, como despertando de un sueño, dice:

MARÍA ROSA

La vieja canción, la eterna
y amante voz solitaria
que cruza el campo callado...

JACINTO

¡Cómo el Amor que nos llama!
¡Quieres, quieres que soñemos
con el Amor!

Tomándola de las manos, apasionado.

MARÍA ROSA

En mi alma
se ha hecho una luz...

JACINTO

¡De consuelo!

MARÍA ROSA

De consuelo y de esperanza.

JACINTO

Con gran ansiedad.

¡Y entonces!

MARÍA ROSA

En un arranque heroico.

¡Sí!... ¡Que te quiero!

¡Te quiero con toda el alma!

*Jacinto imprime un largo beso
en los labios de María Rosa.*

Silencio.

JACINTO

En voz baja.

Con este beso, una estrella
se enciende en mi corazón...

MARÍA ROSA

*Dulcemente y señalando al
horizonte.*

Mira... ¿no ves?... Es aquella
que acompaña á la canción...

*Dobla su cabeza sobre el hombro
de Jacinto, que vuelve á besarla
ardientemente. La canción del ca-
rretero se va apagando á lo lejos, y
desciende muy lentamente el telón.*

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

Decoración á todo foro. Trigo magnífico á punto de segarse, que se extiende hacia el fondo en una ilimitada perspectiva. A la derecha, sobresale el costado correspondiente á la parte posterior del edificio que figura en el acto primero, con una puerta que da acceso al interior. Paralelamente, á modo de corredor, varios árboles de los que circundan la casa. Cerca de ésta, en segundo término, y formando ángulo con la pared lateral, una gran parva en la que trabajan arduosamente los peones al levantarse el telón. A la izquierda, vieja dependencia que sirve de cocina á la peonada, con una angosta vereda de ladrillos que el tiempo ha destruído. Frente á esta cocina, un enorme árbol de fuerte y retorcido tronco. Por este costado, y casi en tercer término, asoma el perfil de una trilladora moderna, que dos campesinos alistan para el trabajo. Es la media tarde.

Escena Primera

MARIA ROSA, MARGARITA, DOÑA ASUNCIÓN, JUANITA,
AZUCENA, LUISITO, PEPITA, PEDRO, PEÓN PRIMERO,
PEÓN SEGUNDO, PEÓN TERCERO, PEÓN CUARTO,
MOZA PRIMERA, MOZA SEGUNDA, MOZA TERCERA,
MOZA CUARTA. VARIOS PEONES Y MOZAS DEL PUEBLO

Al levantarse el telón, María Rosa, sentada en primer término de la

derecha, habla con Juanita, Moza Primera y Moza Segunda que, acompañadas de algunas más, le forman animada rueda. Margarita cose junto á la puerta de la casa y muy cerca de ella, Pepita y Luisito juegan sentados en el suelo. Azucena, frente á la cocina, habla con Peón Primero, el cual dará vivas muestras de que la está cortejando. Peón Segundo trabaja encima de la parva, y otros peones alrededor de ella, todos provistos de las clásicas horquillas. Peón Tercero y Peón Cuarto, observan la trilladora y preparan la leña que sirve de combustible al motor. Pedro dirige la labor de los peones que están al pie de la parva, y canta á media voz, al levantarse el telón, cualquier trozo de cantar campesino.

PEÓN SEGUNDO

Cante, compañero... Dicen que el que canta,
si es que tiene penas, las penas espanta...

PEDRO

Será... Pero ésta ya no es tan sencilla:
para alzar las parvas, manejar la horquilla...
¡Miren cómo lucen sus dientes de acero!
Bajo el fuerte empuje del brazo certero
que el monte de pastos al suelo arrebató,
se pone lustrosa, parece de plata...
Se resiste, pesa, pero al fin se humilla;
y así va subiendo la parva amarilla...

PEÓN TERCERO

Se eleva, se eleva...

PEÓN SEGUNDO

Por este camino

va á tener la altura que tiene el molino.

PEDRO

Bien merece, ante esta montaña que brilla,
un recuerdo el pobre que inventó la horquilla.

PEÓN SEGUNDO

Merece un azote, soltado sin pena,
para que no invente cosas de faena.

Se sienta un momento sobre la parva.

PEDRO

Sí... Igual que nosotros; siempre con la frente
cerca de la tierra, bajo el sol ardiente...
Pero el sol... perdona con sonrisas de oro.

PEÓN SEGUNDO

El que no perdona nunca es don Teodoro.

DOÑA ASUNCIÓN

Saliendo de la cocina. A Azucena.

¡Muchacha! ¿Qué esperas?

AZUCENA

Yo nada, señora.

DOÑA ASUNCIÓN

¿Y el balde del agua, que hace ya una hora
te pedí?

AZUCENA

¡Dios mfo, me había olvidado!

*Desaparece corriendo por la derecha.
Vuelve á poco con el balde.*

DOÑA ASUNCIÓN

A Peón Primero.

¿Y usted, muy tranquilo se queda sentado?

PEÓN PRIMERO

¿Y usted, tiene celos porque la muchacha...?

DOÑA ASUNCIÓN

¡Váyase á otra parte!... ¿Celos por su facha
de gallo sin plumas?

PEÓN PRIMERO

¿Cómo?

DOÑA ASUNCIÓN

No se afija:

que yo no he criado para usted mi hija...

PEÓN PRIMERO

Pero... ¿sufre siempre los mismos errores?

DOÑA ASUNCIÓN

¿De qué?

PEÓN PRIMERO

¡Se ha creído que le hablo de amores!

Váse riendo hacia el fondo, donde se pone á trabajar en la parva.

DOÑA ASUNCIÓN

¡A eso no te atreves, que si te atrevieras, pueda ser que el pobre pellejo perdieras!

Entra á la cocina.

PEPITA

¡Qué te quedes quieto!

LUISITO

¡No seas tramposa!

MARGARITA

Quién mejor se porte, ganará una cosa...

PEPITA

Bueno, yo la gano, porque más no juego.

LUISITO

¿A verla?

PEPITA

¡Mentira!

MARGARITA

Ya la verán luego.

JUANITA

¿No tienes motivos para estar contenta?

MOZA PRIMERA

¿Y todas sabemos que se te presenta tan lindo partido?

MARÍA ROSA

La voz de la gente, como no es sincera, me es indiferente.

MOZA SEGUNDA

¿Porqué?

JUANITA

Si cuando hablan ofrecen razones...

MARÍA ROSA

Ya dije que odiaba las murmuraciones.
Que no me interesa lo que el pueblo diga.

MOZA PRIMERA

Pues yo lo repito porque soy tu amiga.

MOZA SEGUNDA

Dicen que á tu padre también le conviene
mucho el casamiento...

JUANITA

Don Teodoro tiene
la mejor fortuna del pueblo...

MOZA PRIMERA

Parece
que para tu padre la desgracia crece.

MOZA SEGUNDA

En la otra cosecha perdió casi todo.

JUANITA

Y ahora, el casamiento, viene de este modo
á salvar la pena de tu pobre viejo...

MARÍA ROSA

Levantándose disgustada.

Ya sé lo que dicen. Por eso, las dejo.
Inventen historias; digan cuánto quieran...
¡Qué sí, que me caso!... Si ustedes esperan
sacar de mi boca más informaciones,
están frescas... ¡Basta de contemplaciones!
Hasta pronto.

Medio mutis.

MOZA PRIMERA

Gracias.

JUANITA

No nos merecemos
que así nos contestes, porque te contemos...

MOZA SEGUNDA

¡Claro!

MOZA PRIMERA

¡Qué reservas!

MOZA SEGUNDA

Pues no volveremos.

JUANITA

Parece mentira: te desconocemos.

MARÍA ROSA

Yo también me asombro, porque no creía que hubiese en el pueblo tanta hipocresía.

Las deja boquiabiertas, desapareciendo por la casa. Ellas se encaran con Doña Asunción, que ha escuchado las últimas frases.

JUANITA

¡Pero esto es el colmo! ¿No ha visto, Asunción?

MOZA PRIMERA

¿Qué nos dice de esto?

DOÑA ASUNCIÓN

Con mucha ironía.

Que tienen razón.

Ustedes, tan buenas, le cuentan las cosas...

JUANITA

¡Pero, es que estas chicas son muy orgullosas!

MOZA PRIMERA

¡Qué contestaciones! Nunca lo creí...

DOÑA ASUNCIÓN

¿Y qué van á hacerle? El mundo es así...

Se sientan á conversar cerca de la puerta de la cocina.

PEÓN SEGUNDO

¡Pedro!... Son las cuatro... ¿Sonó la campana!

PEDRO

No sé; me parece que no tienen gana de que descansenos.

PEÓN PRIMERO

Aquí cada día

se empeora el trabajo.

PEDRO

Don Teodoro haría

trabajar de noche con toda soltura,
si se le ocurriera.

PEÓN PRIMERO...

Ninguna locura

de esas ya me asombra... Son las que él prefiere.

PEDRO

¡Porque le dejamos hacer lo que quiere!

PEÓN TERCERO

Pues la trilladora ya está en sus cabales.

PEÓN CUARTO

Mañana temprano los pobres trigales
sentirán la pena de perder sus granos.

PEÓN PRIMERO

Señalando el campo, con entusiasmo.

Miren qué hermosura; parecen hermanos...

La cosecha este año será favorita,
porque así lo quiere la tierra bendita.

¡Este año es de gloria!

PEDRO

*Dejando la horquilla recostada en
la parea y sentándose.*

¡Bah! Para nosotros

este año es de angustias, igual que los otros.

¿No piensas?

PEÓN PRIMERO

Lo pienso también, Pedro amigo:
¡no es para el que siembra la gloria del trigo!

*Se sienta junto á Pedro. Los de
la trilladora hacen lo mismo.*

PEÓN SEGUNDO

¡Yo estoy reventado!

PEDRO

Descansa un momento.

PEÓN SEGUNDO

Ya es hora.

PEÓN PRIMERO

Y no tocan.



PEÓN SEGUNDO

Y entre tanto, siento
como si tuviese la espalda quemada.

PEÓN PRIMERO

Es mucho el trabajo.

PEDRO

Poca la peonada.

*Peón Segundo (baja de la parva y
se sienta junto á los demás.*

JUANITA

*Acercándose con Mozas Prime-
ra y Segunda á Margarita.*

¡Margarita! ¿Quieres venir á la fiesta
de mañana?

MARGARITA

Gracias. Me encuentro molesta
fuera de mi casa.

JUANITA

¡Jesús! ¿Quién diría
que á tus pocos años les falta alegría?

MARGARITA

No es eso.

MOZA PRIMERA

¿Y entónces?

MARGARITA

Nada... Que prefiero
quedarme.

MOZA SEGUNDA

Es extraño.

JUANITA

Pues el pueblo entero
va á estar de jarana.

MARGARITA

Ya sé.

JUANITA

Habrà carreras,
y juegos de cintas, y baile, y banderas...
Y en el circo nuevo, lo mejor del día:
va á dar dos funciones una compañía...

MARGARITA

No; les agradezco.

JUANITA

Yo hubiera querido

que fueras. Me extraña que no hayan venido las otras muchachas también á pedirte.

MARGARITA

Les diré lo mismo.

JUANITA

Debes decidirte...

Aparece Don Teodoro por el fondo derecha, con un rebenque en la mano. Todas las mozas se apresuran á rendirle homenaje.

Escena II

DICHOS Y DON TEODORO

DON TEODORO

¿Qué tal, buenas mozas?

JUANITA

Coqueta.

Gracias,

don Teodoro, por mi parte...

¿Cómo está?

DON TEODORO

Siempre lo mismo.

MOZA SEGUNDA

Aproximándose con otras, mientras Doña Asunción y Azucena desaparecen por la cocina.

Don Teodoro, buenas tardes...

DON TEODORO

Dando la mano mientras habla.

¿Y á qué se debe esta grata presencia de tan brillantes mozas por aquí?

JUANITA

Es que andamos
en el arreglo del baile,
y avisando á las amigas
que no queremos que falten
á la fiesta.

MOZA SEGUNDA

Será hermosa.

DON TEODORO

Sí, va á estar interesante...
Sobre todo viendo á ustedes,
que son las más agradables.

JUANITA

¡Qué lisonja!

MOZA TERCERA

Muchas gracias.

MOZA PRIMERA

Es favor...

JUANITA

Lástima grande

que Margarita con Rosa
no quieran venir...

DON TEODORO

No salen.

MOZA TERCERA

Hacen mal.

DON TEODORO

Cuestión de genios.

MARGARITA

No le agrada á nuestro padre.

JUANITA

Es raro, porque estas cosas
siempre son indispensables,
y más para ustedes, chicas
que han estado en Buenos Aires...

MOZA SEGUNDA

Es cierto.

Pequeña pausa.

JUANITA

Ya nos han dicho,
don Teodoro, la otra tarde,
que usted gana en las carreras.

DON TEODORO

Lo espero. No hay quien alcance,
por más que cinche, al galope
de mi yunta de alazanes.
¡Al galope!... Esos potrillos
le dan ventaja al que raye.

Siguen conversando animadamente, mientras se oye la voz de Pedro, que vuelve á cantar el estilo de antes.

JUANITA

Será un gran triunfo. Debemos
felicitarlo desde antes.

DON TEODORO

Yo sé acreditar la marca...
Vuelvo. Voy á ver qué se hace.

Se dirige hacia donde están los peones, quienes al verlo se levantan y toman sus instrumentos de trabajo.

Pero, ¿ustedes no escarmentan?
¿Son enfermos incurables?

PEÓN PRIMERO

Señor...

DON TEODORO

No hay señor que valga.
Ya estoy harto de aguantarles
disculpas. Aquí se come
para que todos trabajen,
y no para estar sentados.

PEDRO

Son las cuatro de la tarde
y es el descanso.

PEÓN PRIMERO

Yo quise
decirles que se esperasen

al toque de la campana.

PEDRO

Pero no la toca nadie.

DON TEODORO

¡Ni nadie tocarla debe
mientras que yo no lo mande!
No faltaba más. ¿Quisieran
estar siempre panza al aire?

PEDRO

Señor: los hombres no son
de madera, son de carne;
y no ha de encontrarse en todo
el partido quien los trate
de esta manera; el descanso
á las tres siempre se hace,
ó á las cuatro...

PEÓN PRIMERO

Eso es lo mismo.

PEDRO

La cuestión es que hay que darle
descanso al cuerpo; lo pide
para no descostillarse...
¿Qué quiere? ¿qué el hombre caiga
sobre el campo? ¿qué se agache
con la horquilla entre las manos
desde que el sol se levante
hasta que muera. Es horrible...

DON TEODORO

¡Lo que quiero es que te calles!

Los peones se van retirando hacia el fondo.

PEÓN PRIMERO

Hay que tener más conciencia.

PEDRO

Esto ya es insoportable.

DON TEODORO

Quién no soporta soy yo.
Cuidarás que no descargue
por tu cabeza el rebenque.

PEDRO

Sin poderse contener.

¿A mí?

DON TEODORO

¡Vuelve á contestarme!

Une la acción á la palabra. Pedro esquiva el rebencazo, y corre hacia la parva, empuñando una horquilla en actitud amenazante. Los demás peones lo sujetan.

PEDRO

¡Y usted castigue!

PEONES

¡No, Pedro!

DON TEODORO

Yo te arreglaré... compadre.

¡Esto era lo que faltaba!

MARGARITA

Corriendo hacia la parva, con las mozas.

¿Qué hay?

DON TEODORO

Nada. Que ese cobarde, valiéndose de la horquilla...

JUANITA

¡Dios mío!

DON TEODORO

Quiso atacarme...

Pero, ¿qué?... ¿Se han asustado?

TODAS

Mucho.

DON TEODORO

No hay que preocuparse.

Cuando termine el trabajo de estos días, sabré darles el merecido... Ya pueden ir preparando su viaje... Hasta luego.

Mutis á la casa.

TODAS

Hasta mañana.

don Teodoro...

Pausa.

JUANITA

Qué salvajes

son estos peones.

MARGARITA

No tienen

ellos la culpa... ¿Qué hacen?

Trabajar... Todos los días

pasa lo mismo...

MOZA SEGUNDA

¡Qué trances!

JUANITA

¿Es posible?... ¿Cómo es eso?

¿Se puede contar?... No saben

nada en el pueblo... Es extraño...

MARGARITA

Ni á nadie debe importarle.

MOZA PRIMERA

¡Vamos á la quinta!

MARGARITA

Vamos...

JUANITA

Á María Rosa, que aparece por la casa con un ramo de flores.

Esperamos que te pasen
los enojos...

MARÍA ROSA

Como gusten.

JUANITA

No volveremos á hablarte
de cosas que te hagan daño.

MARÍA ROSA

Nada pido. Con dejarme
todo se arregla...

JUANITA

Pues vamos
á visitar los parrales...

*Desaparecen por el último término
de la derecha.*

Escena III

MARIA ROSA Y JACINTO

*Jacinto aparece por el fondo iz-
quierda, con un cojinito que deja-
rá, lo mismo que el rebenque, sobre
un banco de la cocina.*

JACINTO

Buenas tardes, Asunción.

DONA ASUNCIÓN

Desde adentro.

Buenas, muchacho. Creía
que ya no ibas á volver.

JACINTO

El mate nunca se olvida.

MARIA ROSA

¿De vuelta?

JACINTO

Vengo encantado.

MARIA ROSA

¿Mi padre?

JACINTO

Allá en la cuchilla
corre admirando la hacienda
tan satisfecha y lucida...
Lástima—pensé—que ahora
esto sea de quien mira
sólo para sí... Lo siento
igual que si fuese mía
la desgracia...

MARÍA ROSA

Fué el destino,
No te preocupes, olvida
cosas de tristeza...

JACINTO

En cambio,
yo he sentido otra alegría,
sin interés, en el alma...

MARÍA ROSA

¿Cuál?

JACINTO

Viendo la maravilla
de indescriptibles colores
que deslumbran las pupilas,
por esos lotes fecundos
y en esas leguas floridas...

MARÍA ROSA

Es la estación...

JACINTO

¡Todo brota
para encantarnos la vista!
El sol, como una paleta
que distribuye las tintas,
vuelca en la tierra los besos
que hacen madurar la espiga:
lejos, opulentas parvas
de refulgencia amarilla,
cortan el cielo en nequeñas
montañas de fantasía;
más cerca, un campo de lino
su coloración distinta
nos ofrece; y á los cuatro
rumbos del viento, se animan
los pródigos alfalfares,
las verbenas conmasivas,
las margaritas celestes
y las rojas margaritas
y el trigo, junto á los verdes

infinitos. que matizan
de increíbles gradaciones
la alfombra de la campiña...

MARÍA ROSA

¿Y los pájaros?

JACINTO

También

su encanto y color nos brindan.
Es una gloria. Dan ganas
de correr, de echar la risa
á volar como un jilguero,
de ponerse cara arriba
sobre la tierra y cantar
alabanzas á la vida;
en fin...

MARIA ROSA

Siempre tus visiones

y tus locas alegrías
por estas cosas... ¿Qué has hecho?
¿No has entrado de visita
dónde alguna buena moza
te recibió?

JACINTO

Sólo habría

de ello ocasión. para el caso
de remediar mis fatigas,
si el recuerdo que á tus ojos
encantadores me liga
no estuviese á todas horas
presente en mi ser...

MARÍA ROSA

¡Qué fina
se está poniendo la tarde!

JACINTO

Es porque ha visto á María
cortar con sus blancas manos
flores frescas en la quinta...

MARÍA ROSA
¿Te gustan?
JACINTO
Encantadoras.
MARÍA ROSA
¿Quieres una?
JACINTO
¿Quién diría
que no, si son tan fragantes
y están con dueña tan linda?
MARÍA ROSA
Se pone más fino el tiempo...
¿Cuál quieres?
JACINTO
La que tú elijas.
MARÍA ROSA
¿Esta, que es más encarnada
que la sangre de una herida?
JACINTO
Esa, sí.
MARÍA ROSA
¿Por vergonzosa?
JACINTO
No; porque te tiene envidia.
MARÍA ROSA
¿A mí?
Jacinto queda con la flor en la mano.
JACINTO
Sí. ¡Le ha dado rabia,
porque eres tú más bonita!
MARÍA ROSA
¿Qué adulator! ¿No aprendiste
otra?
JACINTO
¿Otra... qué?
MARÍA ROSA
Otra mentira...
Otra canción...

JACINTO

La de siempre,
la que morir no podría,
porque es la de mi cariño,
la compañera y amiga
de la luz; que está vibrando
continuamente en el día,
que sueña con los luceros,
y que es la más complacida
que se despierta en el campo
con la primer vidalita
de la alborada...

MARÍA ROSA

Tú sabes
que es la canción de mi vida...

Pausa.

JACINTO

¿Te ha vuelto á hablar don Teodoro?

MARÍA ROSA

Esta mañana; tenía
luz tan extraña en los ojos
que me dió miedo... Se irrita
porque no logra arrancarme
la respuesta en que se obstina.

JACINTO

Tu padre, siempre con él...

MARÍA ROSA

Más que nunca.

JACINTO

Se precisa
tener poca dignidad
para insistir en la misma
pretensión, cuando se sabe
que no hay cosa más reñida
con el cariño que el gesto
que á amar por la fuerza obliga...

MARÍA ROSA

Me da temor...

JACINTO

El quisiera
coparte, como conquista
lo que le ocurre en el pueblo.

MARÍA ROSA

No es buen camino.

JACINTO

Camina
ciego de rencor.

MARÍA ROSA

No puede
nunca llegar...

JACINTO

Pues que siga.

MARÍA ROSA

No, porque mientras, la fiebre
de este dolor me aniquila.

JACINTO

¿Y entonces?

MARÍA ROSA

No sé qué hacer...

JACINTO

Ya te lo he dicho, María.
Busquemos la solución
lejos...

MARÍA ROSA

Tal vez nuestra dicha
fuese decirle á mi padre...

JACINTO

Tu padre ya no me estima
como antes, y ese hombre
sospecha, porque me mira
como diciendo: "¿eres tú
quién vencerme se imagina?"

MARÍA ROSA

*Al ver á Don Teodoro que, apa-
reciendo por el fondo de la casa, ha
dado vuelta por detrás de la parva,*

para acercarse al primer término de la derecha.

¡El está!

DON TEODORO

Pausa.

¿Dónde ha quedado
don Sebastián?

JACINTO

Ahí venfa...

María Rosa, confusa y emocionada, hace mutis por la casa. Silencio.

Escena IV

JACINTO Y DON TEODORO

DON TEODORO

Riendo nerviosamente.

¿Flores del tiempo?

JACINTO

Pues bueno fuera
que no las diese la Primavera...

DON TEODORO

¿Al despedirse?

Sarcástico.

JACINTO

¡Rosas divinas!

DON TEODORO

Hay que cuidarse de las espinas.

JACINTO

Yo no les temo: quien los colores
y los perfumes busca en las flores,
también comprende, si encuentra rosas,
que las espinas son dolorosas...
Y así, les brindo mi amor sin fin
siempre que paso por el jardín.

DON TEODORO

Pero es preciso saber primero

si el jardín tiene ya jardinero,
porque comete pecado igual
el que unas flores roba al rosal
como el que roba, de audacia lleno,
granos ó haciendas al campo ajeno...

JACINTO

Pausadamente, recalcando las palabras con profunda ironía, para hacer mutis por el último término de la derecha.

Señor: entonces, estoy salvado;
yo no las robo, me las han dado...

Don Teodoro lo mira alejarse, hasta que la voz de Don Sebastián, que entra por último término de la izquierda, le hace volver la cabeza.

DON SEBASTIAN

Cuando usted quiera, puede ordenar
las cinco jaulas á la estación.

DON TEODORO

Mañana hay tiempo.

DON SEBASTIAN

¡Qué colección
de sus novillos voy á mandar!

DON TEODORO

Como esta noche no sale el tren
primeramente vamos á hablar
de algo importante...

DON SEBASTIAN

Bueno, muy bien.

DON TEODORO

Hay varias cosas para arreglar...

Hacen mutis lentamente por la puerta de la casa. Se oyen tres campanadas lejanas, que anuncian el momento en que los peones deben dejar el trabajo, reuniéndose frente á la cocina á tomar el "mate coci-

do" que Doña Asunción, ayudada por Azucena, servirá en burdos platos de lutón. Aparecen por la puerta de la casa Margarita, Moza Primera, Moza Segunda, Juanita, Moza Tercera y otras. Por detrás de la parva y por el último término de izquierda y derecha, van apareciendo peones que al llegar dejan sus horquillas en lugar apropiado. También aparecen por el fondo derecha varias mozas que formarán rueda con las demás, saludando á Margarita y estacionándose alrededor de los árboles de la derecha. Mientras se verifica esta entrada de personajes, que debe ser lenta, Doña Asunción y Azucena, saliendo de la cocina con los útiles necesarios, habrán realizado lo que se indicó anteriormente, yendo luego á integrar el grupo de las mozas del pueblo. Todos conversan. Mucha animación.

Escena V

DOÑA ASUNCIÓN, AZUCENA, MARGARITA, JUANITA,
MOZA PRIMERA, MOZA SEGUNDA, MOZA TERCERA,
PEPITA, LUISITO, PEDRO, PEÓN PRIMERO, PEÓN SEGUNDO
MOZAS DEL PUEBLO Y OTROS PEONES

DOÑA ASUNCIÓN

Ya está todo preparado.

AZUCENA

Pero quién sabe si alcanza.

DOÑA ASUNCIÓN

Hay de sobra. Y, además,
pueden ir dando las gracias

á don Sebastián, que tiene
más buen corazón que plata...

AZUCENA

¿Porqué?

DOÑA ASUNCIÓN

Porque don Teodoro

me dijo la otra mañana
que andaba por suprimir
este lujo á la peonada...

PEDRO

Que oye las últimas palabras.

Sí; este es un lujo, lo mismo
que el de tocar la campana
para el descanso.

PEÓN PRIMERO

¡Parece

que somos bestias!

PEDRO

¡Da rabia!

*Pausa. Todos se inclinan sobre su
plato. Pepita y Luisito aparecen
tras de El Maestro por la puerta de
la casa y se juntan al grupo de peo-
nes.*

Escena VI

DICHOS Y EL MAESTRO

Dios guarde á la buena gente.

VARIOS

¡El Maestro!

MARGARITA

Buenas Tardes...

JUANITA

Me alegro que haya venido,
porque tenemos que hablarle.

EL MAESTRO

¿De qué?

JUANITA

¿Dicen que en la escuela
hay ratones?...

EL MAESTRO

No te extrañe,
porque esos animalitos
son muy buenos colegiales...

PEÓN PRIMERO

¡Maestro!

EL MAESTRO

Voy hacia ustedes.

PEÓN PRIMERO

Dice Pedro que usted sabe
una canción muy hermosa...

PEDRO

Sí, como todas las que hace.

PEÓN PRIMERO

Pues queremos aprenderla.

VOCES

¡Qué la diga!

EL MAESTRO

No es bastante
con la voluntad. Podrían
oírnos y disgustarse.

PEDRO

No, si estamos descansando.

PEÓN PRIMERO

Y, además, no vendrá nadie.

EL MAESTRO

Riendo.

¿Y estas mozas?

PEÓN PRIMERO

Que la escuchen.

PEDRO

También puede interesarles.

MARGARITA

Que se ha acercado con las demás moza.
Las palabras del maestro

son muy dignas de escucharse.

JUANITA

A Moza Primera.

No está bien de los tornillos
el viejo...

MOZA PRIMERA

¿Qué disparates

irá á decir?

EL MAESTRO

Pues entonces...

muchas gracias, y al instante...

*Mientras saca los papeles. Se hu-
brá sentado. Hombres y mujeres le
harán círculo, formando un cuadro
pintoresco que El Maestro domina
con su actitud venerable.*

Sabed que mi dicha fuera
ver que los mozos la canten
al compás de las guitarras,
sintiendo con sus bondades,
y al fondo del corazón,
junto al cariño triunfante
del hombre bueno, un profundo
amor á la vida, grande
como nada... Yo, soy viejo;
ya no puedo entusiasmarlo
demasiado... Pero aún queda
calor de ensueño en mi sangre...

Leyendo.

¡Oíd! Cantemos en estas quintas
que el sol decora de rojas tintas,
con alma y vida, nuestra canción;
la que saluda cielos y auroras,
la que ha encantado las trilladoras
y ofrece al trigo su bendición.
Cantemos todos, juntos y ufanos,
esta gloriosa canción de hermanos,
que en las entrañas sienta latir:

porque con ella va el pensamiento,
porque es la savia del sentimiento
y arde en amores del porvenir...
Por estos campos de fuerza viva
que hoy la codicia voraz cultiva
bien para unos, para otros mal,
cruzaba el rudo potro salvaje,
vibraba el canto del paisajaje,
soplaba un libre viento inmortal.
Bajo estos árboles de augusta fronda
que el tiempo á triste desprecio entraga
y yo, de niño, miré crecer,
soñó otros mundos la Pampa honda
con la guitarra de Santos Vega
y el alma vírgen del buen ayer.
¡Campos que hoy sienten la fuerza amiga
¿Quiénes les hacen brotar la espiga!
¿Quién les ha dado todo el calor!
La voz del viento dice:—¡Vosotros,
que habeis sembrado para los otros
y habeis tenido sólo el dolor!—
¿Quién, de la burda camisa rota,
pobre bombacha, doliente bota,
dejó en la tierra su juventud!
—¡Vosotros!—clama la voz del viento—
¡Qué aunque habeis sido luz del momento
no teneis premios á la virtud!...
Labrad la tierra con energía,
fuertes gañanes que al fin del día
caáis rendidos en el galpón...
Labrad la tierra, pero sed bravos;
no hagais lo mismo que los esclavos,
que se olvidaban del corazón.
Rieguen la tierra vuestros empeños,
abrid el surco para los dueños
que sus castillos alzando van;
pero que nunca dobleis la frente,
sed siempre altivos, tened presente

lo que se sufre ganando el pan...
Y si en la noche de una derrota,
con la flotante camisa rota,
buscáis el techo del buen señor
para pedirle su pan y abrigo,
decid:—¡Nosotros somos el trigo,
somos la vida, somos la flor!...
Flor de esperanza que el astro baña
sobre los triunfos de la campaña
que el brazo fuerte supo alcanzar...
¡No te pedimos, señor, favores!
¡La hemos regado con los sudores
de nuestras frentes para sembrar!
Dadnos á todos la franca mano,
sed nuestro amigo, sed nuestro hermano,
y haya armonía siempre, señor...
Que ya no quiere sombras la tierra:
por tus dominios cruza la guerra,
y aquí en nosotros canta el Amor.

*La lectura de El Maestro obtiene
una entusiasta acogida, animándose
el cuadro en explosión de plácemes,
comentarios y risas, hasta que se
reanuda el diálogo.*

JUANITA

A Margarita.

¡Qué te ha parecido?

MARGARITA

Hermoso.

JUANITA

A Moza Primera.

¿Y á tí?

MOZA PRIMERA

Regular...

MOZA SEGUNDA

Sin gracia...

JUANITA

Pues yo no sé. Te aseguro

que no entendí una palabra.

Aparece Don Teodoro con Don Sebastián por la puerta de la casa. El primero, al ver el grupo, dando unas recias palmadas, grita:

DON TEODORO

¡Eh, vamos, qué hacen!

DOÑA ASUNCIÓN

Parece

que ya tocan la campana...

Peones y mozas del pueblo desaparecen cada cual por donde ha entrado. Margarita, Doña Asunción, Juanita, Moza Primera, Moza Segunda, etc. y los niños por último término de la derecha. Don Sebastián permanece junto á la casa.

Escena VII

DON SEBASTIÁN, DON TEODORO Y EL MAESTRO

DON TEODORO

Sabrá usted, mi buen anciano,
que no por ser el maestro
se puede andar de este modo
á la gente entreteniendo?
No es cosa que me complace,
ni es tampoco muy correcto.

EL MAESTRO

Era un rato de expansión;
no hay ningún delito en ello...

DON TEODORO

Ya lo sé, pero...

EL MAESTRO

Le expongo
mis disculpas... Ya, comprendo
que no es hora de charlar

y que no tengo derecho...
vamos... á venir aquí...

DON TEODORO

Yo la entrada no le niego,
porque, además, los dos niños
son sus discípulos... Pero...

EL MAESTRO

Ya sé, sí... Lo tendré en cuenta...

PEPITA

Desde la puerta.

¡Maestro, venga, maestro!

EL MAESTRO

¡Voy!... Disculpe, don Teodoro;
ya vé... son cosas de viejo...

Váse.

DON SEBASTIÁN

¡Pobre hombre! Es un infeliz.

DON TEODORO

Sí; nadie niega que es bueno,
pero mete el pico en todo
y eso es lo que yo no quiero...

Pausa. Azucena les ceba mate.

Escena VIII

DON TEODORO DON SEBASTIÁN Y AZUCENA,

DON TEODORO

Entonces, don Sebastián,
ya sabe que estoy dispuesto
á cortar ciertas raíces
que no convienen...

DON SEBASTIÁN

Comprendo...

DON TEODORO

No es posible tolerar
las insolencias de Pedro,
ni tenerles compasión
á otros... Estoy sirviendo

de juguete, y para hacer
algún día un escarmiento
perjudicial, es mejor
buscar antes el remedio,
dándoles el pasaporte
sin más tardanza. He resuelto
que emigren.

DON SEBASTIÁN

Ahora... es el caso
que hacen falta.

DON TEODORO

Estoy de acuerdo.

Los hemos de echar después,
y entre tanto, pediremos
otros peones; tengo amigos
que pueden servirme en eso;
y si es que los mandan pronto
mejor, más pronto echo á éstos.

DON SEBASTIÁN

Le juro que me hago cruces
por la conducta de Pedro;
siempre fué tan respetuoso
que, francamente, no entiendo
cómo...

DON TEODORO

Será ese el que ha de irse
mañana mismo: el primero...

DON SEBASTIÁN

Pues créame, don Teodoro,
que muy de verdad lo siento.

DON TEODORO

No, don Sebastián, lo que hay
es que usted peca de bueno,
y no ha sabido tratar
á esta gente...

DON SEBASTIÁN

Sí, eso es cierto...

Para mandar yo no sirvo,
no tengo carácter...

DON TEODORO

Eso

produce estos resultados,
Con semejantes soberbios
no se puede ser así,
porque son tan majaderos
que en cuanto les dan la mano
se toman el brazo entero...

Pausa.

Luego, está el otro...

DON SEBASTIAN

¿Jacinto?

DON TEODORO

Sí; ya sabe lo que pienso...
Está equivocando el rumbo
y lo he visto en devaneos
que no me agradan... Sería
conveniente, y le encomiendo
la solución del asunto,
que el mozo, ya que no es lerdo,
vaya á organizar las cosas
del otro establecimiento...
Y que allí quede... Si quiere
le ofrece aumento de sueldo...

DON SEBASTIAN

También siento que se vaya.
Tantos favores me ha hecho
y tuvo siempre tan buena
voluntad, que le confieso
mi gratitud hacia él
por su ayuda, aunque respeto,
sin embargo, su opinión...

DON TEODORO

Tengo motivos para esto.
No sé porqué me parece
que está jugando con fuego.

DON SEBASTIAN

Acaso María Rosa...

DON TEODORO

Parece que sí, pero eso
no me aflige, porque al fin
también soy hombre y no temo
competencias, sobretodo
cuando me asiste el derecho...

DON SEBASTIAN

Pues yo arreglaré este asunto,
que, siendo así, ya es más serio.

DON TEODORO

Yo, entre tanto, haré las cartas
para pedir peones nuevos...

*Desaparecen lentamente por el
fondo derecha, al tiempo que apare-
rece Peón Primero por el fondo iz-
quierda, encarándose con Azucena,
que ha terminado de cebar mate.*

PEÓN PRIMERO

¿Solita estás?

AZUCENA

Ya lo ves...

¿Cómo tan pronto de vuelta?

PEÓN PRIMERO

Vengo á buscar unas lonjas,
y, como es ocasión buena,
á pedirte que me cumplas
de una vez con la promesa...

AZUCENA

No, mañana...

PEÓN PRIMERO

Hoy, me dijiste.

AZUCENA

"No.

PEÓN PRIMERO

¿Porqué?

AZUCENA

Me da vergüenza...

PEÓN PRIMERO

¡Vergüenza de los gorriones?
No seas mala, Azucena...

Le da un beso á traición en el momento que Doña Asunción, Margarita y Juanita aparecen por la puerta de la casa. Peón Primero huye por detrás de la parva.

JUANITA

¡Lindo!

DOÑA ASUNCIÓN

¡Porqué?

JUANITA

Porque sí...

Pedro aparece por la izquierda y se pone á conversar con Margarita.

DOÑA ASUNCIÓN

Yo la gracia no le veo.

JUANITA

¡Ya tengo una cosa nueva
para contar en el pueblo!

DOÑA ASUNCIÓN

¡Dios te libre!

JUANITA

¡Hasta mañana!

Váse riendo á carcajadas.

DOÑA ASUNCIÓN

A Azucena que se ha refugiado cerca de la parva, llena de miedo.

Dígame, ¿qué fué ese ruido?

AZUCENA

Y... habrán sido los jilgueros...

DOÑA ASUNCIÓN

¿Los jilgueros?

AZUCENA

Pueda ser...

DOÑA ASUNCIÓN

¡Descarada!... ¡Vaya adentro!

*Azucena escapa, ante la actitud
amenazadora de Doña Asunción,
que quiere acercársele.*

MARGARITA

A Pedro.

¡Por Dios, trate de evitarlo!
Yo se lo suplico, Pedro...
Mire que ese hombre...

PEDRO

No tema...

La aprecio á usted... Sólo vengo
á hablar con Jacinto...

MARGARITA

Gracias.

DOÑA ASUNCIÓN

También el pobre está negro
de indignación... ¡Ah! Y á ustedes
los va á echar...

PEDRO

¡Sí?

DOÑA ASUNCIÓN

Ya lo creo.

MARGARITA

Aquí lo dijo hace un rato.

DOÑA ASUNCIÓN

Después que ustedes se fueron.

PEDRO

Yo me iba á ir, y muy pronto,
pero ahora, sabiendo esto,
será hoy. Voy á avisarles
también á mis compañeros...

Medio mutis.

MARGARITA

No se vaya...

Rogando,

PEDRO

Por usted,

cualquier cosa, menos eso.
Es cuestión de dignidad...

Váse.

DOÑA ASUNCIÓN

El muchacho es de los nuestros.

MARGARITA

Tiene coraje..

DOÑA ASUNCIÓN

¿Te gusta?

MARGARITA

Porque es valiente lo aprecio...

Váse por la izquierda.

Escena IX

DON TEODORO Y DOÑA ASUNCIÓN

DON TEODORO

Por el fondo derecha.

Déle estas cartas á un peón
y que las lleve al correo...

DOÑA ASUNCIÓN

Está bien...

Medio mutis.

DON TEODORO

O, sino, traiga;

yo voy á llevarlas luego.

*Aparece don Sebastián por la
puerta de la derecha. Váse Doña
Asunción á la cocina.*

DON SEBASTIÁN

Va mal el asunto.

DON TEODORO

¿Qué?

DON SEBASTIÁN

Que no quiere.

DON TEODORO

Lo veremos.

Voy á llevar estas cartas
yo mismo. Enseguida ~~vuelve~~.

No se olvide de decirle
á Rosa que siempre espero
su palabra, para obrar
de acuerdo con sus deseos.

DON SEBASTIÁN

Tenga confianza en mi acción.

DON TEODORO

Sabe cuánto le agradezco.

Váse por la izquierda. María Rosa se asoma á la puerta de la casa, llamando:

Escena X

DON SEBASTIÁN Y MARÍA ROSA

MARÍA ROSA

¡Margarita!

DON SEBASTIÁN

No está aquí.

Pero escucha, no te vayas.

¿Tienes que hacer?

MARÍA ROSA

No.

DON SEBASTIÁN

Pues bueno

quiero hablarte.

MARÍA ROSA

Lo escuchas...

También yo quiero decirte...

DON SEBASTIÁN

¿Sabes de lo que se trata?

MARÍA ROSA

No sé... Pero lo imagino.

DON SEBASTIÁN

Pues bien. Don Teodoro acaba
de hablarme de tí. No extrañes
mi actitud.

MARIA ROSA

No, no me extraña.

DON SEBASTIAN

Sabes el alto respeto
que todos en esta casa,
y yo antes que nadie, tienen
por don Teodoro... El me habla
de hacer algo decisivo,
como hombre de cuentas claras,
y hay que dejar definida
su situación ante...

MARIA ROSA

¡Basta!

DON SEBASTIAN

María Rosa: te ruego
que esta vez...

MARIA ROSA

No es de eficacia
la súplica... Ya no puedo
contenerme... Esta mañana
le di la definitiva
respuesta...

DON SEBASTIAN

Pero contraria.

MARIA ROSA

¿Y á qué insiste? ¿No comprende
su terquedad? ¿O es que manda
también en mí?

DON SEBASTIAN

¡María Rosa!...

MARIA ROSA

Perdón, padre, si soy franca,
pero es fuerza que lo sea...
Usted no sabe las lágrimas
que estoy derramando. Muchas,
muchas veces, desbordaba
mi corazón por decirle
la verdad, y en mis palabras

reflejarle este sentir
como en el cristal del agua,
Muchas veces he querido
decírselo, y otras tantas
todo lo que tengo adentro
con mi amargura se ahogaba...
Y he sufrido silenciosa,
cobarde, desesperada,
hasta hoy, ante la idea
de soportar esta carga
siempre... ;Pero ahora no quiero
quedar más tiempo callada!
Le diré lo que sentía,
lo que sufrí, lo que ansiaba;
todo cuánto aquí, en lo hondo,
me está consumiendo el alma.

DON SEBASTIÁN

Dímelo pronto.

MARÍA ROSA

Enseguida:

¡qué no he de estar condenada,
por ser su hija, á soportar
cadenas de una desgracia
que el error viene á imponerme!
¡Qué en el corazón no mandan
mas que sus dueños! ;Qué nadie
pondrá á mis afectos trabas,
y que la mano que él pide
yo la tenga ya empeñada!

DON SEBASTIÁN

¿Qué es lo que dices? ;Tú harás
lo que tu padre te marca!

MARÍA ROSA

Cuando el amor, ese padre
que está en el fondo del alma,
dice otra cosa, ¿quién puede,
siendo justo, rechazarla!

DON SEBASTIAN

Quien mira por tí, quien lleva
misión tan digna y sagrada
como es la de ver tu dicha
y ofrecértela... Hija ingrata,
quien, derramando insolencia,
se atreve así á despreciarla...

MARIA ROSA

¡Pero si esto no es la dicha!
Si esto es la eterna desgracia;
si es la sombra más profunda,
si es el dolor de mañana,
de siempre, lo que rehazo,
para decirle en la cara
á ese hombre que lo desprecio.

DON SEBASTIAN

¡María Rosa!...

MARIA ROSA

¡Qué el alma
no sé qué siente por él!
¡Qué lo odio!

DON SEBASTIAN

Sugétándola por las manos.

Si no callas,
teniendo en cuenta el respeto
que merecen estas canas...
lo sentirás...

MARIA ROSA

¡No me callo
si la razón me acompaña!
¡Padre... no puedo!

DON SEBASTIAN

Un capricho
te tiene así trastornada.

MARIA ROSA

No es un capricho, es mi vida,
se lo juro; es toda el alma
que me está diciendo á gritos

el porvenir que me aguarda...
¡No puedo... padre! ¡No puedo!...

Cae sollozando sobre una silla cerca de la puerta.

DON SEBASTIÁN

No me convencen tus lágrimas...
Si por quien yo pienso lloras
y no atiendes mis palabras,
puedes estar convencida
que no entrará ya á esta casa.

Entre tanto, Pedro, con Peón Primero, Segundo, Tercero, Cuarto y otros más que van llegando, colocan las horquillas y demás instrumentos de trabajo de cada uno en un montón junto á la parva. Luego, coincidiendo con las palabras finales de la escena precedente, se adelanta hacia Don Sebastián. Los demás peones quedan cerca de donde se han colocado las horquillas.

Escena XI

DICHOS, PEDRO, PEÓN PRIMERO, PEÓN SEGUNDO,
PEÓN TERCERO, PEÓN CUARTO,
OTROS PEONES, DON TEODORO Y JACINTO

PEDRO

¡Don Teodoro, no está!

DON SEBASTIÁN

A María Rosa.

Por allí viene...

Este no es sitio de llorar, debías
esconder tus tonteras. Véte adentro...

JACINTO

Por el fondo derecha.

¡Qué es lo que pasa?

DON SEBASTIAN
Cosas de familia.
JACINTO

Pero ella está llorando...

DON SEBASTIAN
Nadie debe
intersarse por cuestiones íntimas.

Conduciendo á María Rosa.
Vamos, ya he dicho que los llantos sobran.

*Desaparecen y Jacinto se queda
mirando hacia el interior con una
mano puesta sobre el marco de la
puerta.*

DON TEODORO

Por la izquierda.

¿Qué se ha perdido aquí? ¿Qué significa
la presencia de ustedes á esta hora?

PEDRO

Que hemos resuelto abandonar la finca.

DON TEODORO

¿Qué es lo que dices?

PEDRO

Lo que está escuchando.

DON TEODORO

¿Y esa resolución?

PEDRO

Es decidida...

Si el ansiado calor de los amigos
como la luz para nosotros brilla,
y el premio que el esfuerzo se merece
en cambio de altivez se nos dedica
para encanto común, tendremos todos
el aire fraternal de una familia,
fuerte la voluntad y presto el brazo
para echar en el surco la semilla...
Pero si el hombre á quien la fuerza dimos
hasta el descanso vil nos escatima,
¡entonces, no! La tierra es de sus dueños,

pero es de todo el que nació la vida,
que hay ley de respetar... Hemos venido
á devolver tus armas de conquista:
¡no son nuestras, señor, ni las queremos!
¡qué las maneje quien la paz nos quita!

DON TEODORO

Inmóvil, pero ciego de ira.

¿Quién te ha enseñado semejantes cosas?

PEDRO

¡El corazón, que la verdad nos dicta!

DON TEODORO

Pues bien, que el corazón te de un refugio
donde poder vivir.

PEDRO

La pampa brinda
su seno maternal, en donde puede
nuestro cansancio hallar una caricia.

PEÓN PRIMERO

¡El techo del señor no es nuestro amigo!

PEDRO

¡El no va á remediar nuestras fatigas!

DON TEODORO

¡Tú te marchas de aquí!

PEDRO

¡Pero con todos!

DON TEODORO

¿Te has declarado rey?

PEDRO

No; la justicia
de nuestra causa es una; si tenemos
limpias las almas y la frente altiva,
no podemos querer que unas se manchen
ni que las otras á tus pies se rindan.

DON TEODORO

Por Jacinto, que se ha acercado.

¿Este es quién la lección te habrá enseñado?

JACINTO

¡No: mejor les enseña la injusticia!

DON TEODORO

Pues bien: ¡fuera de aquí!

A Jacinto. De tu insolencia
no quiero darte el pago, pues tendrían
ocasión de reír tus... compañeros,
pero te he de quitar las fantasías
cuando á solas te encuentre.

Medio mutis hacia la casa.

JACINTO

¡Es el momento!

No hay para qué esperar. Muchachos: sigan
su camino tranquilos. Yo me quedo
para oír al señor lo que me diga.

DON TEODORO

*Volviendo desde la puerta, con
un gesto de visible indignación,
mientras los peones, menos Pedro,
se replegan al fondo, á la especta-
tiva.*

Lo que quiero decirte, es que ya basta
de estúpida altivez; que si me obligas
á usar de la violencia, no respondo
de mi genio por nadie, y que si olvidas
que está don Sebastian, porque no quieres
agradecer el bien que se te brinda,
no has de hallar sólo el brazo que te expulsa
sino también la lonja que castiga!

PEDRO

¡Muy fácil es hablar!

DON TEODORO

¡Y hacer, lo mismo!

JACINTO

Déjalo, Pedro, que el señor delira...

*Los peones, á un gesto de Pedro,
desaparecen lentamente, y volviendo
la cabeza, por la izquierda, mien-
tras Don Teodoro, más dueño de sí
mismo, prosigue el diálogo con ma-
yor energía.*

Escena XII

DON TEODORO Y JACINTO

DON TEODORO

¡Quiere decir que el traslado
tampoco te ha convenido?

JACINTO

No, señor; no me conviene;
prefiero, según ya he dicho,
tomar un rumbo mejor
para vivir más tranquilo...

DON TEODORO

¿Cuál es el inconveniente
de lo que te han ofrecido?

JACINTO

Nada pedí.

DON TEODORO

Ya lo sé;
no pediste, pero has dicho
que este era un campo de acción
demasiado reducido
para tus sueños; que estabas
harto de ser campesino
sin resultado ninguno,
y que buscabas un sitio
donde sentirte algo más
que en este pueblo maldito.
¿No lo has gritado cien veces?
¿O crees que no he oído?

JACINTO

No sé... Quiero conquistar
la confianza de mí mismo:
pero sólo, sin favores
que agradecer, sin destinos
que otros me marquen... Yo busco
mi libertad con lo mío...
Lo demás, si es que lo dije,

ya dicho está... Lo habré dicho...

DON TEODORO

¡Porqué te falta respeto,
sobrándote gesto altivo!
¡Porqué con tus pretensiones
y tus frases, te has creído
que vas á echar por delante
con los que son tus padrinos!
¡Aquí sobran los doctores,
y no hacen falta los libros!

JACINTO

Pero hacen falta otras cosas...

DON TEODORO

¿Qué falta?

JACINTO

Buenos amigos
de la razón, que no tengan
la conciencia en los bolsillos,
el corazón en las botas,
la justicia en el cuchillo!

DON TEODORO

*En un ímpetu. Sale Don Sebastián.
María Rosa tras él.*

¡Mejor será que te vayas
si no quieres...!

JACINTO

A la defensiva. ¡No, conmigo
no valen los atropellos!...
¡Me va á escuchar; se lo exijo!

Escena XIII

DICHOS, DON SEBASTIÁN, MARÍA ROSA

DON SEBASTIÁN

¿Eh? ¿Qué pasa, don Teodoro?

MARÍA ROSA

¿Qué hay? *Llena de angustia.*

DON TEODORO

Nada, que este tipo,
sin pensar que es... un sirviente,
se insolenta de lo lindo.

DON SEBASTIÁN

¿Tú?

JACINTO

¡Yo, con todo el derecho
que tengo, sobre un bandido
que ha pretendido robarme...!

DON TEODORO

¿Robarte á tí?

JACINTO

¡Sí: el cariño
de esa mujer que yo adoro!

DON SEBASTIÁN

¡María Rosa!

MARÍA ROSA

Jacinto...

DON TEODORO

*Amenazante, y animado por la
presencia de María Rosa.*

Pero es que yo...

JACINTO

¡No podría!

DON TEODORO

¡Más que tú!

JACINTO

¡Su amor es mío,
contra todo y contra todos!

DON TEODORO

*Buscando, instintivamente, algún
objeto para atacar, descubre el re-
benque colgado en el tirador de Don
Sebastián. Se lo arranca de un ti-
rón, y se lanza frenético sobre Ja-
cinto.*

¡Basta! ¿Contra mí?

MARÍA ROSA

¡Jacinto!

María Rosa quiere llegar hasta él, pero Don Sebastián no se lo permite. Jacinto, rechaza briosamente la agresión, quitándole el rebenque y arrojándolo lejos. Enseguida lo sujeta fuertemente por el cuello, entablándose una lucha brutal, entre cuyas rapidísimas peripecias Don Teodoro pronuncia esas maldiciones confusas á que da margen una refriega de esta índole. Jacinto, mientras va triunfando con cierta violencia, habla jadeante. María Rosa, presa de indescriptible terror, acompaña nerviosamente los movimientos de la lucha, pugnando por desligarse de los brazos de Don Sebastián, que la retiene cerca de los árboles.

JACINTO

Es mía... Sí... Por derecho
de amor... ¡Y yo la conquisto
sin engaños!... El amor
no teme á tus desafíos...
¡Porqué es más grande que todo!
¡Porqué es como el sol su brillo!

Don Teodoro, cae derrotado, á un empuje definitivo de su contrincante. Jacinto, inclinado sobre él, erige con el brazo derecho un duro gesto de triunfo. Telón.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

La misma decoración que figura en el acto primero. Es de noche. Está encendido el pequeño farol del corredor. Amenaza lluvia. Desde las primeras escenas, se advierten, de cuando en cuando, breves relámpagos al fondo de la obscuridad nocturna.

Escena primera

DOÑA ASUNCIÓN, MARGARITA, AZUCENA, PEDRO,
VARIOS PEONES

Al levantarse el telón los peones, presididos por Pedro, concluyen de arreglar sus humildes equipajes de campo, en el galpón. Azucena, está sacando agua del algibe, para preparar el mate que cebará á su debido tiempo. Margarita, sentada bajo el parral con melancólica indolencia, contempla tristemente los preparativos de partida que hacen los peones. Doña Asunción, en la puerta del fondo, mira hacia el campo. Después de alzado el telón hay unos instantes de silencio, antes de comenzar el diálogo.

PEDRO

Como haciendo el balance de sus prendas.

Mi fortuna... Unos estribos...

Mi poncho de arrastro... Un viejo
pañuelo de la golilla...

Mi pobre sombrero nuevo...

Mi tirador... Unas botas...

¿Qué más habrá?

PEÓN PRIMERO

¡Y estos tientos!

PEDRO

Ya está todo. *Pausa.* Ahora, ¿quién sabe,
hermanos, adónde iremos
á parar? Juntos salimos,
pero, después...

PEÓN PRIMERO

Sí: ¡qué viento
nos dispersará!

PEDRO

Quién sabe
lo que ha de ser, compañeros...

Breve pausa.

PEÓN PRIMERO

La noche es triste...

PEÓN SEGUNDO

Y oscura

como el ala de los cuervos...

PEÓN PRIMERO

Mala suerte nos predice
la noche con su aguacero.

PEDRO

No hay peligro. Cuando llueva,
ya en la estación estaremos.

PEÓN PRIMERO

Y el tren, ¿vendrá con atraso?

PEDRO

A las once me dijeron
que llegaban.

PEÓN SEGUNDO

Sobran horas.

PEDRO

Las ocho. Tenemos tiempo
de tomar un mate... ¡Quieren
tomarlo ya!

PEÓN PRIMERO

Bueno...

PEÓN SEGUNDO

bueno...

Uno de ellos prepara el mate, y todos, formando rueda, se sientan sobre sus equipajes, á conversar.

DOÑA ASUNCIÓN

Acercándose á Margarita.

Qué noche se nos prepara...

MARGARITA

Cierto. Así como de invierno.

DOÑA ASUNCIÓN

Silba como una serpiente
por los alambres el viento.

MARGARITA

Va á llover fuerte.

DOÑA ASUNCIÓN

Hay relámpagos,
y el negro de hollín del cielo,
como á deshacerse baja
sobre la tierra... Dá miedo...

Pausa.

MARGARITA

Y esos se van...

DOÑA ASUNCIÓN

¡Todos juntos?

MARGARITA

Lo han dicho. También va Pedro
con ellos...

DOÑA ASUNCIÓN

¡Porqué se irá
este muchacho? Qué tercc...

AZUCENA

Con el mate, á Doña Asunción.

Tome.

DOÑA ASUNCIÓN

Dale á Margarita.

Obedece.

MARGARITA

No. Tome usted; yo no quiero.

DOÑA ASUNCIÓN

Entonces, puedes entrar
á ofrecerlo á los de adentro.

AZUCENA

Muy bien.

*Váse, y á poco vuelve á salir, con-
tinuando en esta tarea hasta que el
diálogo indica.*

MARGARITA

Pues tiene razones
de marcharse el pobre Pedro.

DOÑA ASUNCIÓN

¿Porqué!

MARGARITA

Porque lo han tratado
peor que se trata á los perros...
Y dé gracias á que el hombre,
siendo valiente, es muy bueno,
que sino...

DOÑA ASUNCIÓN

¿Don Juan Moreira?

MARGARITA

No. Pero le estruja el cuello
de un manotón á ese toro,
si es que se le ocurre hacerlo...

DOÑA ASUNCIÓN

A la verdad, que es un bruto
don Teodoro...

MARGARITA

No comprendo,

cómo han tenido paciencia
para aguantar tanto tiempo.

DOÑA ASUNCIÓN

Dicen que mandó pedir
más peones á tierra adentro,
y que en el tren de esta noche
llegarán... ?

MARGARITA

Sí. Ya veremos
cómo trata á los que vengán.

DOÑA ASUNCIÓN

Igual que á los otros.

MARGARITA

Eso

es lo que yo me imagino;
hasta que llegue el momento
que alguien cobre de algún modo...
las cuentas que está debiendo.

DOÑA ASUNCIÓN

Por Dios...

MARGARITA

Si es lo que mereco...

DOÑA ASUNCIÓN

Pero, puede estar oyendo.

MARGARITA

Que oiga; bueno es que sepa
que no podemos ni verlo.

Pausa.

DOÑA ASUNCIÓN

A los peones.

; Eh, muchachos! ; No concluyen ?

PEDRO

Ya estamos...

DOÑA ASUNCIÓN

A Margarita, en voz baja.

Yo tengo miedo
de que salga don Teodoro
de pronto al patio, y al verlos,

le dé un ataque de rabia,
y arme otro escándalo negro.

MARGARITA

No hay temor. Está ocupado
con mi padre. Saldrán luego
juntos...

DOÑA ASUNCIÓN

Claro, como siempre,
para llevárselo al pueblo.

MARGARITA

Donde le sacan las plumas...

DOÑA ASUNCIÓN

¡Y pone el grito en el cielo
cuando los pobres peones
juegan al truco un momento!
¡Qué hombre!... Si á veces da gana
de...

MARGARITA

No sé... Tanto le ha hecho,
que creo que lo ha embrujado... *Pequeña pausa.*
Y ahora, mi padre, viendo
que su bienestar peligrá,
y aprovechando lo ciego
que está ese hombre por mi hermana,
quiere que el próximo Enero
se case con él... Qué pena...

DOÑA ASUNCIÓN

Y Jacinto, que es tan bueno,
también se va...

MARGARITA

Ella lo quiere
con toda el alma. Por eso
me inquieta su porvenir.
Está enferma, suponiendo
que lo pierde para siempre...

DOÑA ASUNCIÓN

Eso es lo triste...

MARGARITA

No quiero
que esto suceda y no sé
qué hacer para convencerlos...

DOÑA ASUNCIÓN

Es muy difícil.

MARGARITA

Pues Rosa

caerá en cama...

DOÑA ASUNCIÓN

Ya lo creo.

Pequeña pausa.

MARGARITA

Y si Jacinto supiera
que la otra noche, el grosero,
quiso violentar la puerta
del cuarto...

DOÑA ASUNCIÓN

Pero, ¿eso es cierto?

¡Fué la noche que su padre
no estaba en casa!

MARGARITA

Al clareo
del alba... Rosa gritó,
y esos peones acudieron
á socorrerla enseguida...

DOÑA ASUNCIÓN

¡Qué vergüenza!

MARGARITA

Y el misterio,
sigue siendo...

DOÑA ASUNCIÓN

¡Yo que Rosa,

le contaba al pueblo entero!

*Suspenden el mate en el galpón.
Pedro se acerca á Margarita; y Do-
ña Asunción va hacia los peones,
poniéndose á conversar con ellos.*

PEDRO

Emocionado.

Creo que llegó la hora de marchar... Con sentimiento me alejo de aquí... Usted sabe que siempre fui tan sincero como ahora... Que no tuve, jamás, ni siquiera un gesto de ingratitud para nadie que fuera conmigo bueno... Al que lo fué, le dí el alma; su hermana y usted, lo fueron. Por eso he de recordarlas con cariño...

MARGARITA

También emocionada.

Gracias, Pedro...

PEDRO

Esos hombres, me acompañan en la gratitud que dejo para ustedes... Son un poco duros, pero son muy buenos... También se llevan conmigo de Margarita un recuerdo. Dos luces: la de su alma y la de sus ojos negros...

MARGARITA

Mis ojos.. Poco interesan á los demás, cuando en medio del campo quedan tan solos...

PEDRO

¡Solos?... Pero no por eso menos radiantes... Un día de primavera, sintiendo nostalgia de antiguos aires, á estos campos volveremos, y entonces...

MARGARITA

Entonces... nada...

Cuando la dicha alza el vuelo,
no vuelve más...

PEDRO

Margarita...

Sinceramente acongojado.

Perdón... perdón... yo no puedo
ser la dicha para usted...
Soy cobarde... lo confieso...
Tan pobre... tan desgraciado...
¿Qué puedo hacer?... No me atrevo...
Adios... Recuérdeme siempre
como á un amigo...

MARGARITA

Adios, Pedro.

*Se dan la mano con angustiosa
efusión. Margarita se enjuga luego
unas lágrimas. Se acerca Doña
Asunción, y Pedro va hacia los pe-
nes, lentamente, mirando al grupo
que forman bajo el parral ambas
mujeres.*

DOÑA ASUNCIÓN

¿Porqué llora!

MARGARITA

No creía
que fuese tanto mi afecto
por esta gente...

DOÑA ASUNCIÓN

¿Por todos
¿por uno?... Ya comprendo...
Por aquel...

Señala á Pedro.

MARGARITA

Sí, francamente;
se va de aquí en el momento...
en que... no sé... me parece
que era cariño...

DOÑA ASUNCIÓN

Sí, es cierto...

Silencio.

Margarita se vuelve hacia la casa, muy lentamente, sollozando, y Doña Asunción la mira alejarse, compungida. Cuando Margarita va á desaparecer, la voz de Jacinto, que se presenta en el foro, la sostiene.

Escena II

DICHOS Y JACINTO

JACINTO

Buenas noches...

DOÑA ASUNCIÓN

Yendo hacia él, inquieta.

¡A qué vienes!

Ten cuidado...

JACINTO

¡Qué importancia

tiene que venga yo aquí?

DOÑA ASUNCIÓN

Lo digo por lo que pasa...

JACINTO

Vengo á cumplir un deber...

A verla...

DOÑA ASUNCIÓN

Es que la muchacha,

teme por tí...

JACINTO

Yo le juro

que no ha de pasarme nada...

¡Dónde está?

DOÑA ASUNCIÓN

Allí, en el sobrado,

llorando...

JACINTO

¡Quiere llamarla!

MARGARITA

Que se ha aproximado.

Por Dios, Jacinto...

JACINTO

No teman,

Bien tranquila tengo el alma...

Si el hombre sale, me marcho

sin decir una palabra...

MARGARITA

Que haya tino...

DOÑA ASUNCIÓN

¡Me prometes!...

JACINTO

Lo juro.

MARGARITA

Voy á llamarla...

Váse.

DOÑA ASUNCIÓN

Yo, mientras, por precaución,

me acercaré á la ventana...

Váse por el fondo de la casa.

PEDRO

Jacinto: ¿quieres venir?

Ya estamos todos en marcha...

JACINTO

No; yo vengo á despedirme

de la gente de esta casa,

pero no los acompaño:

llevo dirección contraria.

PEDRO

¡Vas á otro establecimiento!

JACINTO

No. A Buenos Aires. Mañana,

con la luz del nuevo día

que habré esperado con ansia,

desde el tren, saludaré

mi vida nueva en la entraña

de la capital porteña,

donde, si hay también desgracia,

podré luchar, realizando

más los ideales...

PEDRO

Traza

llevas de vencer, pues eres fuerte, y el bien te acompaña. ¡Qué triunfes!... Nosotros somos esclavos, en esta amarga sentencia de arar la tierra... Peregrinos de las pampas, que un día fuimos tan libres como el viento...

JACINTO

Y ahora vagan, en su eterna emigración, como una tristeza en marcha...

Aparece María Rosa en la puerta de la casa. Revela el sufrimiento en la actitud. Está muy pálida. Se detiene un momento, como desorientada. De pronto, vé á Jacinto, y corre hacia él.

Escena III

DICHOS Y MARÍA ROSA

Como Jacinto está de espaldas á la casa no advierte la aparición de María Rosa. Cuando Pedro se la indica, se vuelve ansiosamente, en el momento que ella corre hacia él.

PEDRO

Ahí está María Rosa...

MARÍA ROSA

¡Jacinto!

JACINTO

¿No me esperabas?

MARÍA ROSA

Nunca creí que te irías sin despedirte.

JACINTO

Y es mala
nuestra situación...

MARIA ROSA

Podrían
vernos... Salir sin que nada
se oyera...

JACINTO

¿Sospechan?

MARIA ROSA

Creen

que ya estás lejos... Desgracia
grande sería que ahora
te pusieras en la mala
por ese hombre... Esta tarde,
limpiando en el patio un arma,
decía sólo: "con ésta
no se precisan palabras..."
"¡Yo les voy á dar!"... Te odia...

JACINTO

Amor con amor se paga...
Tienes fiebre.

Pausa.

MARIA ROSA

¿Y, cómo no

tenerla?

JACINTO

Estás agitada...

MARIA ROSA

Me dá miedo...

JACINTO

¿Junto á mí?

MARIA ROSA

No sé... La noche... Me espantan
las ideas... Tu cariño...
que lo pierdo... que se agranda,
porque te vas...

JACINTO

Pero, ¿sabes
lo que te he dicho?

MARÍA ROSA

Está echada
nuestra suerte... Yo no puedo...

JACINTO

Y entonces, ¿qué?

MARÍA ROSA

Que te vayas...
Van á salir...

JACINTO

¡De este modo!
Prométeme que me aguardas
luego... Te pido... Cuando ellos
estén jugando... Mañana
será tarde para todo...
Quiero hablarte...

MARÍA ROSA

Otra esperanza
inútil... Ya no tendremos
mas que llorar...

JACINTO

Pero, ¿aguardas
á que vuelva?

MARÍA ROSA

Después de una angustiosa indecisión.
Sí, te aguardo.

JACINTO

Gracias, Rosa mía, gracias...

*Se oye la voz de El Maestro, que
aparecerá por la casa con Pepita y
Luisito. María Rosa, sobresaltada
un instante, va á sentarse luego ba-
jo el parral cerca de la puerta. Ja-
cinto vuelve á hablar con Pedro y
demás peones.*

EL MAESTRO

*Desde dentro. Sale abrazando ca-
riñosamente á los niños.*

“Ya en el jardín nuevas flores

“te han de ofiecer sus colores,
“y un sol nuevo alumbrará...
“Brindándote sus amores,
“volverán sueños mejores.
“¡La primavera vendrá!”
Así termina la historia
de aquella hermosa ilusión...
Y como tenéis memoria,
y habéis puesto aplicación
será más linda la historia
de mañana, en la lección...

Escena IV

DICHOS, EL MAESTRO, PEPITA, LUISITO, MARGARITA
Y DOÑA ASUNCIÓN

PEDRO

Adios, maestro; también
un soplo de nuestras almas
queda con usted... Tenemos
tantas memorias guardadas,
de su cariño; es usted
tan bueno, tanta enseñanza
nos ha dado... que, al tener
que estrechar su mano franca
para alejarnos, queremos
darla un abrazo, y las gracias...

Abraza al maestro. Todos se despiden de él.

EL MAESTRO

Pena me dan, porque siempre
los quise bien... Cuando marchan
unos, los otros se quedan
más tristes... Que haya confianza
y fortaleza... Vosotros
sois la juventud... Aguardan
en su triunfo los ancianos...

PEDRO

Quién sabe...

EL MAESTRO

Que haya esperanza...

PEDRO

Muy conmovido.

¡Adios, Jacinto!... Aquí quedan los ecos de tus palabras...
También fuiste sembrador.
¡Los frutos vendrán mañana!

Señala el corazón.

Mientras Pedro dice estas palabras, los demás peones, han echado sus bolsas y equipajes rústicos al hombro, como esperando el momento de la salida. Es necesario que los intérpretes sientan mucho esta escena, á fin de que ella exteriorice toda la emoción que el autor ha querido imprimirle.

JACINTO

Adios, Pedro... Tal vez pronto nos hemos de ver...

PEDRO

Ojala...

Los peones, tristemente, lentamente, bajo un amargo silencio, hacen rumbo al campo. Pedro les sigue. Margarita, María Rosa y Doña Asunción, formando grupo bajo el parral, contemplan la partida de aquellos hombres entristecidos y rudos. El Maestro, formando otro grupo con los niños, cerca del corredor, mira la escena.

PEPITA

¡Porqué se van!

LUISITO

¿Están tristes?

PEPITA

¿Se han enojado?

EL MAESTRO

No; marchan
buscando el pan... También ellos,
igual que aquella muchacha
del cuento, no tienen madre...

LOS DOS

¡Pobres!...

EL MAESTRO

...Ni risas, ni nada...

*Jacinto, desde la puerta del foro,
dirige una última mirada á María
Rosa, y sale tras del último peón.
Silencio.*

DOÑA ASUNCIÓN

*A Margarita, que con el pañuelo
en los ojos hace mutis para la casa.*

¿También usted, Margarita,
se pone así?... Qué muchachas... *A los niños.*
¿Y ustedes, no se recojen?

EL MAESTRO

Sí, ya es hora; hasta mañana...

DOÑA ASUNCIÓN

Al Maestro, bajo. Buenas noches... Yo no sé
lo que va á ser de esta casa...

El Maestro desaparece lentamente por el foro, mirando antes de salir á María Rosa, que permanece ensimismada bajo el parral. Al mutis de El Maestro aparecen Don Sebastián y Don Teodoro. Azucena, terminado el mate, hace mutis definitivamente.

Escena V

MARIA ROSA, DON SEBASTIÁN Y DON TEODORO

DON TEODORO

Por fin hemos concluído...

*Liando un cigarrillo en medio de
la escena.*

DON SEBASTIÁN

Larga ha sido la tarea.

DON TEODORO

Es justo que ahora tomemos
distracción... Ya nos esperan *Susando el reloj.*
seguramente. *Pausa.*

DON SEBASTIÁN

¿Vendrán

los peones?

DON TEODORO

Como no vengan,

peor para ellos... Por eso
no se aguará la cosecha...

DON SEBASTIÁN

¿Y los otros ya se han ido?

DON TEODORO

No hacen falta sinvergüenzas
en nuestro campo... Hay de sobra
por todas partes *ligeras*
y otras gentes que, cantando,
se vienen á las cosechas...

DON SEBASTIÁN

Oyéndola suspirar.

María Rosa... ¿Qué haces
ahí sola?... ¿Estás más contenta? *Acercándosele.*
¿Se te han pasado las fiebres
de hoy?

DON TEODORO

No valía la pena
de encenderse en mala sangre

por un muchacho cualquiera
que, al fin y al cabo, no tiene...

MARÍA ROSA

Sí, hay mucha diferencia
entre él y algunos...

DON SEBASTIÁN

Bueno,

hija, no quiero que vuelvan
á ocuparte esos recuerdos...

MARÍA ROSA

Bien...

DON TEODORO

Las cosas ya están hechas,
y hay que dejarlas...

DON SEBASTIÁN

Tú sabes

que Don Teodoro no espera
mas que tu resolución
para decidirse... Pena
por verte así... Y ahora mismo
me ha dado una gran sorpresa
con un regalo magnífico
que va á dedicarte, en prenda
de amistad, porque... él lo dice:
aunque ahora no le tengas
cariño... ya le tendrás...
Con el tiempo... todo llega...

MARÍA ROSA

Bien, basta, padre...

DON SEBASTIÁN

Haciendo mutis. No sigas
teniendo así en la cabeza
la idea de que Jacinto
va á volver...

DON TEODORO

Sarcástico y bajo. Si se presenta
verá cómo al insolente
le van á quedar las prendas.

MARÍA ROSA

Cuando ya van á desaparecer, en un ímpetu, corre hacia él. Luego se arrepiente y vuelve sobre sus pasos.

¡Padre!...

DON SEBASTIÁN

¿Qué es?

MARÍA ROSA

Nada... nada...

DON SEBASTIÁN

Vamos, muchacha, no seas así, porque me das rabia...

MARÍA ROSA

No, nada... es que... nada... era...

No puede terminar la frase y se vuelve hacia la casa, sollozando con profundo sentimiento, al tiempo que aparece Doña Asunción.

DON SEBASTIÁN

Duro. Mejor será que te acuestes...

¡Lo mando!

DON TEODORO

Ya se hará buena...

DOÑA ASUNCIÓN

Señor: mire que amenaza con venirse una tormenta muy grande...

DON TEODORO

A usted que le importa.

DOÑA ASUNCIÓN

Lo digo por si tuvieran que trasnochar en el pueblo...

DON TEODORO

Eso á usted no le interesa.

DOÑA ASUNCIÓN

Está bien.

DON TEODORO

Nos quedaremos

ó no, según nos convenga.

Yo hago lo que quiero hacer,
y usted lo que se le ordena.

DOÑA ASUNCIÓN

Está bien.

Mutis.

DON SEBASTIAN

Sacaré el poncho.

DON TEODORO

Lo espero.

DON SEBASTIAN

A María Rosa.

¿Porqué no entras?

Mutis.

*María Rosa va á seguirlo, pero
don Teodoro la retiene con el ademán.*

Escena VI

MARÍA ROSA Y DON TEODORO

DON TEODORO

Diga... ¿cuándo va á dejar
de despreciarme? ¿No piensa,
María, que ese muchacho
no es el porvenir que espera
su buen padre para usted?

MARÍA ROSA

¿Y usted, porqué se interesa
tanto por mi porvenir?
¿Porqué razón no me deja
tranquila? ¿Porqué á ese hombre,
á quién tanto usted desprecia,
quiso alejarlo de aquí?

DON TEODORO

Bien fácil es la respuesta:
no hago mas que interpretar
los deseos que me expresa
su padre.

MARÍA ROSA

¡Miente! Mi padre

tuvo estimación inmensa
siempre por Jacinto. Usted
es quien quiso que se fuera.

DON TEODORO

Pues bien, sí, tiene razón;
es preciso que lo sepa
de una vez... Odio á ese hombre
mucho, con toda la fuerza
de mi vida, porque estaba
cansado de su soberbia...

MARÍA ROSA

De su muy digna altivez.

DON TEODORO

De sus arrogancias necias,
de sus eternas audacias
de hambriento y de sinvergüenza.

MARÍA ROSA

¡Y es usted el que lo dice!
Usted no tiene conciencia
para medir las acciones
de ese hombre, que donde quiera
supo sembrar el cariño
y el respeto y la franqueza...
De un hombre que es más que todos,
porque no hay quien no le deba
algún servicio en el pueblo,
más que á usted; si usted supiera
sabría que más de cuatro
deben bajar la cabeza
con respeto y ofrecer
un homenaje á la tierra,
donde él supo derramar
la bendición de sus fuerzas.
¡El sinvergüenza es usted,
y usted no tiene nobleza

para decirle en la cara
lo que me miente en su ausencia!

DON TEODORO

¡María Rosa!

MARÍA ROSA

Sí, usted,
que no repara en maneras
por lograr sus ambiciones;
usted, que baraja y cuenta
toda suerte de artimañas,
para conseguir las prendas
de quien luego ha traicionado,
y á costa de ansias ajenas
se levanta un bienestar
que no merece; que ordena,
que acaudilla, que malgasta,
que castiga, que atropella,
duro y mal visto, es usted
el audaz y el sinvergüenza.

DON TEODORO

Basta, no siga insultando,
si quiere que me contenga...

MARÍA ROSA

Y esto es lo que falta ahora,
que me obligue, que se atreva
á ofenderme con los hechos.

DON TEODORO

No es necesario; si á fuerza
de tenerlo todo, tengo
la seguridad completa
de que has de ser mía, ¿sabes?
¡mía! ¡porque sí!

MARÍA ROSA

Me suelta
ó grito... ¡malvado!

DON TEODORO

Grita,
pero es preciso que sepa

que no ne de dejar mi empeño,
que te amo, que no pudiera
vivir sin tí, que has de amarme
de buen grado ó por la fuerza...

Estrujándola.

MARÍA ROSA

¡Padre! ¡Margarita!

DON TEODORO

¡Calla!

Si es vana tu resistencia.

Salen Doña Asunción y Don Sebastián.

DOÑA ASUNCIÓN

¡Qué hay!

DON SEBASTIÁN

¡Quién grita!

DON TEODORO

No... es María...

que llamó á la hermana...

DON SEBASTIÁN

A María Rosa. Entra

y acuéstate. Ya no es hora
de estar aquí... Y usted cierra,
y acompaña á las muchachas.
No esperen hasta que vuelva.

*Mutis por el fondo, Don Teodoro
y Don Sebastián.*

Escena VII

MARÍA ROSA Y DOÑA ASUNCIÓN

DOÑA ASUNCIÓN

¡Otra vez llorando!

MARÍA ROSA

¡Y cómo

no quiere, Asunción, que llora,
si hasta el amor de mi padre
lo ha echado á perder ese hombre!

DOÑA ASUNCIÓN

Paciencia, hija...

MARÍA ROSA

No hay paciencia
para un dolor que se impone
de este modo...

Después de una pausa.

MARÍA ROSA

Estoy resuelta
á ser fuerte.

DOÑA ASUNCIÓN

No te apoyes
en el peligro...

Pausa.

*Un relámpago intenso, y comienza
á gotear.*

Ya llueve.

Dios mío, Rosa, qué noche...

MARÍA ROSA

¿No se acuesta?

DOÑA ASUNCIÓN

Sí... Primero
miraré los corredores...

*Primeramente cierra la puerta
que da al campo, y después váse por
el fondo de la casa. María Rosa
apaga el farol del corredor. Entra
en la casa. Queda la escena sola.
Llueve unos instantes. Vuelve á sa-
lir María Rosa, provista de un
mantón. Cierra las puertas. Mira
hacia todas partes asustada. Se di-
rige por fin á la puerta del fondo,
la abre, y en seguida entra Jacinto.*



Escena VIII

MARÍA ROSA Y JACINTO

JACINTO

María Rosa...

MARÍA ROSA

Jacinto...

JACINTO

Cumpliste...

MARÍA ROSA

Sí, no podía
soportar la pesadumbre
de resignarme á esta vida
fatal y doliente; oscura
como la tristeza misma;
y ante el dolor de perderte,
ya que es tuya el alma mía,
yo quiero que tú dispongas
de mi porvenir... Tranquila
y amada, espero la suerte
que á tu existencia me liga...
¡Pongo mi amor en tus manos!

JACINTO

¡Rosa, Rosa de mi vida!

MARÍA ROSA

Tú lo dijiste. No quiero,
no admito más tiranías
que las vibrantes cadenas
del amor; y á tus pupilas
el porvenir se asomaba
como una ardiente caricia...
Así es mi pasión—me hablabas—
y en el fuego que encendían
para decirlo tus labios,
yo comprendí que en tu vida

llena de bondad no estaba
la traición; que no mentías,
que tus palabras sonaban
á sinceridad; que abrían
á mi dolor infinitos
horizontes de armonía,
de paz, de limpia franqueza,
de luz, de mejores días...
¡No! ¡Nunca me has engañado!

JACINTO

Porque en mi amor va mi vida,
y en mi vida es la verdad
tan sagrada, tan legítima,
tan leal, que ni una mancha,
jamás, en ella caería...
Sin lazos de obligación,
sin dobleces ni mezquinas
sorpresas engañadoras,
de aquellas que acaso sirven
á otros hombres, para hacer
de un corazón la conquista,
sin más ambición que el ansia
de las cosas que se envidian...
No: yo quise conquistarte
como al trigal se conquista;
llegar hasta tí he querido
como al surco la semilla;
como la lluvia, al verano,
cae en la tierra bendita,
y como el sol, por las tardes,
cuando el campo fructifica,
baja con santos fervores
la bendición de la espiga...
No quise con artimañas
ganarte. Fresca y sencilla,
la rosa de mis amores
puse en tu pecho... Temía
tanta fragancia, tan pura

coloración, tan altiva
dignidad, que aquella rosa,
por el afán convertida,
se volvió flor de esperanza,
flor de triunfo, que tú misma,
con aquel íntimo arrullo
de tu presencia, oprimías
para que hoy el alma, en risas
de gloria, te la ofreciera
sobre el altar de la vida...

MARÍA ROSA

¡Jacinto!

JACINTO

Sí. Como el propio
corazón, que florecía
bajo la luz de tus ojos
y en un jardín de armonía...
Yo engañarte no pudiera;
con esa flor bendecida
te ofrezco todo: el cariño,
los sueños, las alegrías
del porvenir... y también
el dolor... Fuertes y dignas,
serán las nuestras dos almas
en un clavel confundidas.
No es fiebre, no es desvarío
que en esta cabeza mía
pongan las ideas locas
en un capricho que incita;
no; piensa lo que tú quieras
de este afán, de esta energía
que me envuelve, que me exalta,
que me impulsa y que me anima.
Piensa todo,—no me inquieta—
pero que jamás consiga
clavarse en tu sentimiento
la duda, la negra espina

que al herirte, envenenara
tu ilusión...

MARÍA ROSA

¿Cómo podrían
en mi amor clavar la duda,
si está el amor en mi vida
como el aire que respiro,
como la luz porque miran
mis ojos para tus ojos,
como el sonido en que vibran
tus palabras, como el beso
de tus bondades queridas,
que me han arrancado el alma
para tenerla cautiva?
Tú eras como un soplo nuevo
de juventud, que venías
anunciando otros paisajes;
como la ilusión florida
de una guitarra, que alegre
la soledad campesina,
suspirando sus consuelos
en las cuerdas compasivas...

JACINTO

¡Rosa!

MARÍA ROSA

Escúchame. Tú eras
como la voz de una cita
que al misterio me invitaba,
y á la que el alma acudía
con su vestido de fiesta;
eras como la campiña
que en el mes de Octubre canta
por las mañanas tranquilas
su canción de primavera...
Sí; la primer golondrina
que fabricó en la ventana
de mi tristeza escondida
su blando nido de amores;

viajera buena, que un día
de sol, recibió en su pico
la luz de un beso. La misma
golondrina encantadora
del ensueño, tan querida,
que si hoy emprendiera el vuelo
sola, en mi amor llevaría
toda el caudal de mis ansias,
todo el mundo de mis dichas...

JACINTO

¡Rosa!

MARÍA ROSA

¿Te dí en aquel beso
lo que nunca se conquista
si no es así!

JACINTO

Y así pudo
soñarte el alma, sencilla
y amorosa; transformada
por la pasión, revestida
por el tul de los dolores
en su bondad sensitiva,
que es una flor, con su eterna
sencillez de golondrina...
Háblame más: dime cuánto
me quieres...

MARÍA ROSA

No, no podría
quererte más, porque tengo
en mi ser tanta ufanía,
tanta luz de fantasía,
tanto ensueño, tanto ardor,
que hasta he llegado á pensar
que si me llega á faltar
yo tendría que matar
de un solo golpe el dolor...
No, no quiero separarme
de tu lado. Si fui tímida,

y un instante, para siempre
despedirte quise, habría
muerto en flor, lo más ardiente
que hay en mí: la fuente viva
de todas las ilusiones
que en mi jardín se cultivan...
Por eso ahora, con tus manos
enlazadas en las mías,
te digo: ¡llévame pronto,
lejos, donde no me sigan,
y no haya otra voluntad
que la nuestra y tus caricias;
donde no se sienta el paso
del rencor, donde no existan
estas angustias, ni corte
del sentimiento las guías
con su ambición el destino
que separarnos quería...
¡Tú, solo, con mis anhelos,
y yo en tus brazos, rendida!

*Pausa, mientras se confunden en
un intenso abrazo.*

Dudé, vacilé un momento,
quise entregarme, vencida
bajo el dolor de olvidarte,
por ser débil, y creía
tener fuerzas para ello,
sin comprender que es la misma
fuerza de amor que me impulsa
para seguir donde sigas...

JACINTO

Y yo en mis brazos te amparo,
tal como ofrecen la vida
los que saben defenderla
y emanciparla. Tranquila
va mi conciencia contigo
y ha de ofrecerte algún día
su corona de laureles
ó su corona de espigas...

MARÍA ROSA

¡Amor!

JACINTO

Feliz como el viento,
como el sol, como las risas
del mes de Octubre que pasa
cantando junto á las vidas
su canción de primavera...

MARÍA ROSA

Sobre la eterna armonía
de los campos bienhechores
que á la bondad nos invitan;
amor como los perfumes
que los naranjos envían
y como el fruto que cargan
los árboles de las quintas...
Que no miente, que no sabe
de engaños ni de fatigas,
porque es demasiado fértil
para que el mundo lo rinda!

JACINTO

¡Sí! ¡Verdad que en él te amparas!
¡No es cierto que en él confías?
¡Dímelo!

MARÍA ROSA

¡Yo en él confío,
lo juro, más que en mí misma!
Yo soñé con este amor,
y creyó mi fantasía
que sólo un ensueño fuera;
tan pequeña, tan mezquina
pasó la existencia aquí,
que, aún en sueños, parecían
sombras tristes las virtudes
y cualquier amor, mentira...
Después... Ya lo sabes... Todo
se transformó... Nuevas brisas
corrieron por el jardín,
y en los rosales que había,

como una lluvia de estrellas
en la tarde que agoniza,
temblaron de amor las rosas
haciendo alegre la vida...

Pequeña pausa. Transición.

Ahora... soy feliz... Pero algo
me hace estremecer... Sí... Mira...
campo... sombra... tengo miedo...
Se me nublan las pupilas...
Me parece que las almas
son como esta noche, frías
y desoladas... ¡Jacinto!
Que termine esta agonía...
Tengo miedo, tengo miedo...

*Abrazándose á él. como sobreco-
gida de espanto.*

JACINTO

No temas, Rosa querida,

*Pausa. Conduciéndola suavemente
hasta cerca del fondo.*

MARÍA ROSA

Retrocediendo.

¡Alma!... ¡Tengo miedo!

JACINTO

Ven,

que en la noche peregrina
sigue el amor nuestros pasos...

MARÍA ROSA

¡Jacinto!

JACINTO

Ya tengo lista
la condición de este viaje...
Nada pasará... Hay quien cuida
con celo nuestros caballos
en la tranquera vecina...

MARÍA ROSA

Véte á traerlos.

JACINTO

Iré.

MARÍA ROSA

Ven pronto.

JACINTO

Vuelvo en seguida.

MARÍA ROSA

No tardes; yo tengo miedo...

JACINTO

Puedes esperar tranquila...

Volaré.

MARÍA ROSA

Véte...

JACINTO

Ya sabes

que el amor mis pasos guía.

Desaparece por el fondo. María Rosa, asomándose al campo, lo mira alejarse unos instantes. Margarita ha aparecido en la puerta de la casa, oyendo las últimas palabras. Al volverse, María Rosa, se encuentra con su hermana.

Escena IX

MARÍA ROSA Y MARGARITA

MARGARITA

¿Porqué no entras? ¿qué tienes esta noche?

MARÍA ROSA

Nada, hermana...

MARGARITA

Sí, ¿qué tienes, que yo nunca te he visto así?

MARÍA ROSA

Nada... nada...

MARGARITA

¡No mientas, María Rosa!
Jacinto contigo estaba,
y tú...

MARÍA ROSA

¡Margarita!

MARGARITA

¡Y tú

te vas con él!

*Pausa, mientras llora abrazada á
su hermana.*

MARÍA ROSA

¿Porqué me hablas

de esa manera? ¿No sabes
que me estás partiendo el alma
y eres dura?... ¿Qué? ¿nos viste?

MARGARITA

Sí; el corazón me anunciaba
que Jacinto volvería...
y he salido, porque... ¡basta
de fingimientos!... Yo sé
que al permitirle la entrada
á estas horas, es que tú
nos abandonas.

MARÍA ROSA

¡Hermana!

MARGARITA

Sí; que te vas con tu amor,
que nos dejas, que te escapas.

Llora.

MARÍA ROSA

¿Y acaso tú...?

MARGARITA

Suplicante. Yo no quiero
que me dejes. ¿No te hablan
al corazón los cariños
que atrás quedan? ¿No te ablandan
las íntimas amarguras
que vas á encender? ¿No apiadan

tu sentimiento mis ruegos?
¡Y no piensas en las lágrimas
que van á llorar por tí
los que te quieren, hermana?

MARÍA ROSA

Sí; pienso en todo. También
pienso en mi vida pasada
lo mismo que en una cárcel,
tan dolida, tan esclava
como el pájaro que vive
llorando al bosque en su jaula.
Pienso en lo que atrás se queda
como en una sombra mala
que nos ha envuelto la vida
del bien, para encadenarla
y ahogarnos en la amargura
de que nos corten las alas...
No me detengas. Yo soy
como las aves, hermana;
busco la luz y el espacio,
la libertad, la confianza
de la vida libre y buena,
sin más lazos, sin más trabas
que la gloria de amar mucho
y el bien de sentirme amada...

MARGARITA

¡Y nuestro padre!

MARÍA ROSA

No insistas...

Su recuerdo me acompaña
serenamente... Lo quiero...
Sufrí por él resignada
hasta que nude... Fué en vano
tener en él esperanza,
y hoy me defiendo: eso es todo.
Mal pueden llamarme ingrata.

MARGARITA

¡Y entonces!...

MARÍA ROSA

Que está la estrella

de mí porvenir jugada.

Me muero aquí. Me hace daño

la persecución falsaria

de ese mal hombre. Yo siento

que su sombra me acobarda,

me ciega, me intranquiliza,

me vuelve loca, me mata...

Y he buscado en el amor

la libertad que nos salva,

sintiendo dentro del pecho,

como un aguijón, el ansia

de vivir con alma y vida,

para encantarme en la gracia

del sol, que al besar la tierra,

la santifica y la canta...

MARGARITA

¡Rosa, por Dios, no me dejes!

Comprendo todo, pero haya

más resignación en tí.

MARÍA ROSA

¡Sería peor!

MARGARITA

Es tu hermana

que te lo pide, si quieres

de rodillas...

Quiere arrodillarse.

MARÍA ROSA

No, levanta.

Yo de rodillas te pido

que no llores. Es mi ansiada

salvación la que lo exige...

MARGARITA

Pero es que sin tí me falta

la vida... Yo también sufro

la frialdad de esta casa...

¿Qué haré yo sin tu consuelo?

Por la memoria sagrada
de nuestra madre... ¡María!
¡Si me quieres, no te vayas!

La abraza, sollozando, y así permanecen hasta la entrada de El Maestro por el foro. El Maestro se ha detenido un instante en la puerta, oyendo las últimas palabras; luego avanza hacia ellas lentamente

Escena X

DICHAS Y EL MAESTRO

EL MAESTRO

Pobres hijas mías...

LAS DOS

Separándose, en un brusco movimiento de espanto.

¡Ah!

EL MAESTRO

No temáis; no es gente mala...
Yo puedo entrar de este modo
porque os quiero mucho...

MARGARITA

*En un arranque de viva simpatía,
tomándole de las manos.*

¡Gracias!

¡Verdad, maestro, que usted
no quiere que Rosa...?

MARÍA ROSA

Con temor de que hable Margarita.

¡Calla!...

EL MAESTRO

No; yo sé lo que ella quiere...

MARÍA ROSA

Ansiosamente. ¿Pues...?

EL MAESTRO
Porque sé lo que pasa.

Margarita abraza llorando al maestro.

MARÍA ROSA

Suplicante. ¡Maestro! Es usted tan bueno
que ha de sentir en el alma
mi situación... Usted sabe...

EL MAESTRO

¿Qué? ¿Tú crees, alma cándida,
que va á impedirte mi acción
de que piensas?

*Separándose de
Margarita.*

MARÍA ROSA

Yo pensaba...

EL MAESTRO

No. Jamás te lo impidieran
mis hechos, ni mis palabras
en contra de los designios
del amor te aconsejaran...
¿Vas en pos del porvenir?

MARÍA ROSA

¡Sí!

EL MAESTRO

Pues la luz te acompaña.
¿Buscas libertad?

MARÍA ROSA

¡La busco!

EL MAESTRO

Ella te dará confianza.
¿Huyes del mal?

JACINTO

¡Por mi vida!

EL MAESTRO

El bien te dará sus galas.
¿Vas con el amor?

MARÍA ROSA

Su mano
generosa me resguarda.

EL MAESTRO

Pues sí, en pos del porvenir,
la libertad te acompaña,
y huyes del mal, al amparo
del amor, que es tu esperanza,
sólo un camino te queda...

MARÍA ROSA

¡Maestro!

EL MAESTRO

Rosa de mi alma:

tu camino es el de todos
los que, tendiendo las alas
del corazón por el mundo,
saben encontrar la rama
gloriosa de los amores
en la vida libertada.

MARGARITA

¡No!

MARÍA ROSA

¡Y entónces?

EL MAESTRO

Señalándole la puerta. Ya lo he dicho:
tu camino es ese. Marcha
por él, sin que la cabeza
vuelva atrás.

MARÍA ROSA

En un arranque de jubilosa exaltación.

¡Sí!... ¡Adios, hermana!

¡Adios, Maestro!

Abrazándolos,

EL MAESTRO

¡Adios, hija!

MARÍA ROSA

Aquí está Jacinto.

MARGARITA

¡Hermana!...

*Relámpagos. Jacinto avanza hacia
María Rosa.*

Escena final

DICHOS Y JACINTO

JACINTO

¡Qué esperas, María Rosa?...

¡Eh!... ¡Con quién estás!

MARÍA ROSA

No temas.

Vamos. Te sigo... ¡Hasta siempre!...

Margarita abraza fuertemente á su hermana, reteniéndola, en un esfuerzo postrero de resistencia á la partida.

JACINTO

Abrazando al maestro. A María Rosa.

No hay tiempo. No te entretengas...

MARÍA ROSA

Dios mío, qué obscuridad
sobre la pampá desierta...

MARGARITA

Va lo ves; no debes irte.

EL MAESTRO

Por más desolante y negra
que esté la campaña, ustedes
llevan en el alma estrellas...

JACINTO

¡Adios!

Vivamente agitado, espera que María Rosa lo siga.

MARGARITA

Sin dejarla partir.

¡María!... ¡María!

MARÍA ROSA

Un beso.

EL MAESTRO

Que seas buena.

MARÍA ROSA

En un esfuerzo supremo logra deshacerse de los brazos de Margarita, y huye con Jacinto que la toma de la cintura, sin oír las últimas palabras de su hermana que, tendiéndole los brazos, va hasta el fondo exclamando desconsoladamente:

MARGARITA

¡No me dejes, hermana!

Volviendo hacia El Maestro.

¡Qué triste noche!... ¡Qué dolor!

EL MAESTRO

En un dulce y apostólico gesto de resignación y experiencia.

¡Bah... qué importa la noche!...

La verdadera noche está en el fondo
de aquellas pobres almas que no tienen amor...

Mientras El Maestro dice estas palabras, Margarita cae sobre una silla, bajo el parral, sollozando desgarradoramente. La lluvia recrudece y azota con violencia las ramas de los árboles. Desde un momento antes, se escucha lejana la canción del carretero que atraviesa la noche melancólicamente. Y el telón va descendiendo con una suave lentitud.

FIN DEL POEMA.



1102737067

